

**Vivas, Fabián Miguel**

## La persona humana en el pensamiento de Karol Wojtyła

---

**Tesis para la obtención del título de grado de  
Licenciada en Historia**

Directora: Riego de Moine, Inés

Documento disponible para su consulta y descarga en Biblioteca Digital - Producción Académica, repositorio institucional de la Universidad Católica de Córdoba, gestionado por el Sistema de Bibliotecas de la UCC.





**UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DE CÓRDOBA**  

---

*Universidad Jesuita*

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA**

*Trabajo Final*

**LA PERSONA HUMANA EN EL PENSAMIENTO DE KAROL WOJTYLA**

Estudiante: Fabián Miguel Vivas

Directora: Dra. Inés Riego

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO 1: VIDA, OBRA E INFLUENCIAS.....	11
1. Vida y obra de Karol Wojtyla .....	12
2. Influencias en su pensamiento .....	20
2.1. Influencias de la vida cotidiana .....	20
2.2. Su padre .....	21
2.3. Influencia religiosa .....	22
2.4. Influencia artística y literaria .....	22
2.5. Acercamiento al pensamiento filosófico-tomista .....	23
2.6. Acercamiento a la fenomenología.....	24
2.7. El personalismo en la filosofía y teología de Wojtyla.....	25
CAPITULO 2: PUNTO DE PARTIDA .....	28
1. La experiencia.....	29
1.1. ¿Qué es la experiencia? .....	29
1.2. La experiencia en Wojtyla.....	30
2. Naturaleza.....	37
2.1. Introducción .....	37
2.2. Desarrollo histórico .....	38
2.3. La categoría naturaleza en Wojtyla.....	41
3. Evolución histórica del concepto de persona.....	43
CAPÍTULO 3: EL HOMBRE PERSONA SEGÚN KAROL WOJTYLA .....	51
1. Primera manifestación de la persona: la acción .....	52
2. La conciencia .....	54
3. Cuerpo, corporeidad y sentimientos .....	56
4. Autodeterminación .....	58

5 Autorrealización .....	60
6. Voluntad y libertad .....	62
7. Trascendencia.....	64
8. Lo moral: valor absoluto de la persona.....	65
9. Plenitud de la felicidad: amor y participación.....	67
10. La persona humana según Wojtyla .....	75
CONCLUSIÓN.....	78
Referencias Bibliográficas .....	82
Bibliografía Fundamental: .....	82
Obras del autor:.....	82
Obras sobre el autor: .....	83
Bibliografía Complementaria: .....	84
Artículos:.....	85

## INTRODUCCIÓN

Desde mi lectura de la encíclica *Fides et Ratio*, allá por el año 1998, una expresión del Papa Juan Pablo II fue la que dejó una espina de intriga en mi modo de pensar, ésta frase escrita en la introducción de dicho documento, reza así: “Tanto en Oriente como en Occidente es posible distinguir un camino que, a lo largo de los siglos, ha llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella. Es un camino que se ha desarrollado — no podía ser de otro modo — dentro del horizonte de la autoconciencia personal: el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia”<sup>1</sup>.

Aquí se evidencia el motor de su proyecto filosófico y teológico: La búsqueda de la verdad como motivo existencial en el marco de una autoconciencia personal, aceptando una autonomía del sujeto, pero afirmando la heteronomía de la realidad y el mundo.

Es interesante partir de la idea que toda problemática filosófica es planteada en un espacio temporal determinado, porque es una problemática que atañe al hombre concreto, en su tiempo, en su cultura, en su geografía; por lo cual es imposible descontextualizar un problema filosófico de la realidad que nos toca vivir, la realidad circundante, de la que cada persona forma parte, algunas comprometiéndose, otras, desinteresándose de aquello que pasa.

Los estereotipos culturales, hoy presentes, intentan cada vez más una huida de la realidad, que mucho tiene que ver la economía del consumo, porque parecería que el sentido existencial se resuelve en el mercado de la oferta y la demanda. Las necesidades deben ser inmediatamente satisfechas, no se sabe esperar, no se permite interpretar ni transformar el mundo, ya que todo cambio histórico se presenta como imposible, precisamente porque lleva tiempo.

El desencanto de la razón, la aceptación de la pérdida de fundamento y una razón pesimista no establecen ningún lugar de referencia sólido a la reflexión. Una racionalidad vaciada de horizonte, de sentido, y la pérdida de confianza han ido llevando al hombre a una

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et Ratio* – Sobre relaciones entre la fe y la razón. [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_14091998\\_fides-et-ratio.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091998_fides-et-ratio.html) 1998. (Artículo nº 1).

preferencia por la indeterminación. El hombre de hoy rechaza los grandes relatos que antes daban coherencia y sentido a su vida y prefiere vivir la dispersión.

Vivimos un momento histórico cargado de individualidades, con criterios de valor manejados sólo por el éxito, ya sea en lo económico, en lo profesional, o en lo deportivo, desconociendo u olvidando, que para quien tiene éxito, el sustrato del mismo, en cualquiera de los ámbitos, es la persona humana. El hombre postmoderno se percibe sin futuro, intentando conseguir una felicidad que se realice en el presente instantáneo y que nunca alcanzará del todo.

Es de considerar el momento histórico en el que estamos sumergidos existencialmente, el cual no ha surgido de la nada, no se pueden desconocer aquellas doctrinas que tanto influjo han tenido en la formación del pensamiento. Permítaseme a continuación un brevísimo recorrido por algunos hitos del discurso filosófico que cimentaron la comprensión que tuvo la filosofía -y por ende, también la cultura occidental- sobre la esencia humana hasta nuestros días.

Al comienzo, en el tiempo primordial, es en el mito donde el hombre se proyecta en los relatos, buscando respuesta a los interrogantes de su existencia: de donde viene todo, bien y mal, el más allá de la muerte, son algunos de los temas manifiestos en el pensamiento mítico. Entre los presocráticos el hombre comienza a concebirse como un ser que tiene capacidad de pensar, es un ser lógico. Sócrates presenta al hombre como un ser racional, especialmente referido a su aspecto práctico-ético, que puede alcanzar a conocer lo bueno. En Platón el hombre es una dualidad de cuerpo y alma, siendo el cuerpo la cárcel del alma, ésta es inmortal y capaz de poseer las verdades eternas e inmutables. Aristóteles entiende al alma como la forma del cuerpo, es decir, como elemento que determina la materia, el alma y el cuerpo son dos principios que se unen substancialmente; la materia es potencia que recibe la forma, a su vez que principio de individuación.

Un segundo momento se desarrolla a partir de la irrupción del cristianismo. Más allá de que se quiera tildar a la edad media como etapa oscura, no podemos soslayar la importancia que tuvo en el pensamiento la presencia de Cristo en la historia de la humanidad y del cristianismo como religión y además como manera de comprender al hombre, al mundo y a Dios. Aparece con este pensamiento la idea de un Dios personal, la salvación que llega al hombre concreto, la creación de la nada, categorías que ya se encontraban presentes en el judaísmo pero que se universaliza con el cristianismo, Dios que se hace hombre en Jesucristo; y el hombre sabe por fe que fue creado a imagen y semejanza de Dios. Algo que no tuvo

precedentes en el mundo griego. Estos y otros temas hacen que aparezca una nueva concepción del hombre, por supuesto sin negar el acervo de conocimientos que hasta el momento habían enriquecido al pensamiento antiguo, y reconociendo que ese pensamiento se ve superado o elevado con esta nueva concepción. En ese enriquecerse de la comprensión del hombre, Boecio, en el siglo V, define al hombre como “sustancia individual de naturaleza racional”<sup>2</sup>, definición que va a ser tan importante que ninguno de los posteriores puede dejar de tenerla en cuenta a la hora de referirse al hombre. Ya en el siglo X el hombre es comprendido como un compuesto de cuerpo y alma, siendo el pensamiento platónico el que predominaba, donde es el alma el elemento más importante. Con la incorporación del pensamiento aristotélico y la entrada del corpus aristotélico a la alta edad media, con su gran representante Santo Tomás de Aquino, es adoptada la concepción del hombre como persona donde ya se habla de una sustancia individual racional en que el alma es la forma del cuerpo, superando el dualismo, ya que alma y cuerpo forman una unión substancial.

Desde el inicio de la modernidad, donde el pensamiento lógico y la ciencia con sus aplicaciones asociadas a las ciencias matemáticas van avanzando a pasos agigantados, comienza a cambiar la concepción que el hombre tenía de sí mismo, aparece una visión más subjetiva, más individual, centrada en el cogito cartesiano, que va erigiendo al hombre en medida de todas las cosas y, en primer lugar, de sí mismo, sin buscar otro fundamento, porque se cree un hombre des-centrado en la escala del ser y con capacidad para crear sus propias normas, es decir, un ser autónomo. Copérnico, Kepler, Galileo, entre otros, son quienes ponen al hombre frente a un universo infinito, donde la inmensidad del mismo les causa temor, lo cual lo repliega sobre sí mismo, que es el único punto seguro que le queda. Es la pura conciencia de sí mismo independiente del mundo. Con Descartes el yo se hace pensamiento hasta el punto de que lo racional suplanta al hombre integral. La conciencia del sujeto se transforma en el portador de la verdad sobre la realidad, habiendo descubierto que toda la naturaleza podía ser manipulada y transformada según su propio criterio; pudo, en este tiempo descubrir gran cantidad de leyes de la naturaleza, con las que comenzó a dominarla, dejando de lado las explicaciones teológicas del mismo.

En el mundo contemporáneo, cuyas corrientes que se abren paso y se instalan podemos nombrar al positivismo, la fenomenología, el materialismo, idealismo, existencialismo. En algunas posturas el hombre va a llegar a ser un simple objeto de estudio

---

<sup>2</sup> Boecio: *Liber de persona et duabus naturis*: ML, LXIV, 1343: “Persona est rationalis naturae individua substantia”. Cf. Tomás de Aquino. *Summa theologiae* (S. Th.) I, q. 29, a. 1.

empírico, psicológico y sociológico. Otros lo reducen a funciones cerebrales. En el materialismo, el hombre y su conciencia, son entendidos como evoluciones perfeccionadas de la naturaleza, todo es materia. El mejor ejemplo que manifiesta esta manera de comprender y explicar la realidad es Marx, quien ve a la historia como una concatenación de hechos económicos que surge de la relación entre los medios de producción y el trabajo, producción - consumo. El hombre para Marx es un conjunto de relaciones sociales, es un engranaje en función del progreso de la sociedad.

Otra de las corrientes contemporáneas, fruto de los movimientos histórico-políticos y económicos<sup>3</sup>, es el existencialismo para cuyos representantes el hombre es una realidad completa pero inacabada, con conciencia y libertad, cuyo existencia prevalece a su esencia y cuyo destino es hacerse y realizarse en medio de las múltiples contradicciones de su propia vivencia, lo que le engendra la incertidumbre y la angustia frente al absurdo, al fracaso, lo misterioso y lo inexplicable de su propia existencia.

En este contexto de incertezas antropológicas surgen en la segunda mitad del siglo XX otras lecturas posestructuralistas y posmodernas, y por cierto posmetafísicas, que acentúan la idea de la muerte del hombre (Michel Foucault) como ser finito sin referente trascendente cuya realidad se agota en su condición de “sujeto” o “yo”. Ante un discurso filosófico reductivista y agotado, el personalismo quiere acentuar la centralidad de la persona humana como reflexión primera y el encuentro con el otro como constitutivo del ser personal. Es esencial la relación vital del yo con el tú, porque decir persona es decir relación “yo-tú”, encuentro, de acuerdo a las categorías del personalismo dialógico de Martin Buber, fuente esencial de la antropología personalista. Esta dualidad apunta finalmente a un Tú Infinito que funda el mundo de la relación. Se abandona de este modo la categoría de objeto para describir al ser personal y se postula la intersubjetividad al mismo tiempo que se resguarda la idea de subsistencia personal.

Es aquí donde debemos posicionar el pensamiento de Karol Wojtyla que, como tantos otros, (entre los cuales podemos hacer mención de San Agustín de Hipona, Emmanuel Levinás, Edith Stein, para nombrar sólo a algunos), han forjado un pensamiento filosófico (y teológico) del hombre concreto, de la vivencia personal con la realidad que a cada uno le ha tocado vivir. Es por esto que nuestro autor se hace cercano a nosotros a través de sus palabras,

---

<sup>3</sup> Aquí quiero resaltar la irrupción y quiebre provocado en el mundo producto de las dos guerras mundiales, los totalitarismos y sus atroces consecuencias.



porque más allá de su estricto y potente vocabulario filosófico, le habla al hombre concreto, al hombre de carne y hueso que vive, siente, le duele, ama.

Poeta, dramaturgo, filósofo, místico, pastor; es así como se describe Karol Wojtyla a sí mismo. En el centro de su pensamiento y su correlato en su propia vida está el tema de la persona humana; esa persona concreta, caída y redimida.

En el trabajo que aquí se introduce nos proponemos desarrollar en un primer momento la historia de Karol Wojtyla, luego Juan Pablo II, aunque tal vez en una tesis de filosofía esto no sea importante, pues buscamos reflexionar sobre el pensamiento de alguien o lo que pensó alguien. Pero en este caso no puedo omitir su historia ya que ella marca profundamente su modo de hacer filosofía y más precisamente, su modo de comprender, de acompañar y de escribir sobre el hombre, sobre la persona humana.

Cada acontecimiento de su historia fue marcando y colocando la semilla para que germinara en sus escritos, en sus clases, en su pontificado. Para poner un ejemplo, de su experiencia con el grupo de jóvenes universitarios en Cracovia, donde se reunían para tratar diversos temas, como así también salidas de excursión, surge el texto *Amor y Responsabilidad*. Escribe poemas sobre su propio drama existencial, tal como la muerte de su madre.

Adentrándonos en este capítulo 1, nos encontraremos con aquellos que han influido en su pensamiento, en las obras de las que nos hemos servido para escribir este trabajo, su itinerario intelectual, que parte de su propia experiencia, pasando por su acercamiento a la espiritualidad, el teatro, la universidad, la filosofía aristotélico-tomista, la fenomenología y por último, el personalismo.

En el capítulo 2 comenzaremos a desandar el proceso de construcción de la idea de persona, para lo cual partiremos de lo que Wojtyla entiende por experiencia, punto de partida de sus estudios. Su comprensión es la experiencia misma, ni filósofo ni pensamiento alguno, sino que es en la experiencia desde donde comienza a construir su auténtico pensamiento.

La experiencia específica “el hombre actúa” es un dato inmediato que se ofrece sin intermediarios a la experiencia del hombre, por tal motivo la tomamos como punto de partida, pues así lo hace nuestro autor:

Una experiencia es algo individual y cada una de ellas es única e irrepetible; no obstante, existe algo que se puede llamar experiencia del hombre, fundamentándonos en la continuidad de los datos empíricos. El objeto de tal experiencia no es solo un fenómeno sensible transitorio, sino también el propio

hombre que se revela a partir de todas las experiencias y que, a la vez, está en cada una de ellas<sup>4</sup>.

No se limita a observar los contenidos puramente sensibles, sino que comprende la estructura y el contenido de tal observación, estructura que adquiere una dimensión especial en la experiencia de la moralidad, desde donde se extrae el contenido esencial del objeto de estudio.

Es la experiencia de la acción del hombre que lo lleva a descubrir y definir qué es este hombre, ambicionando penetrar cognoscitivamente la esencia de la persona humana trascendiendo esta misma experiencia.

Su formación fenomenológica no será una cuestión menor a la hora de forjar su pensamiento. Para la fenomenología, todo lo que se presenta corporalmente es objeto de experiencia. Así existe no solo la experiencia sensible, sino también la experiencia estética, moral y religiosa. Son precisamente estas últimas las que captaron la atención de Wojtyla desde el principio de su carrera académica<sup>5</sup>. De esta manera, será la fenomenología la corriente que le llevará a utilizar herramientas que lo acercarán a la experiencia del hombre como punto de partida para su posterior reflexión y comprensión. Así lo confirma Juan Manuel Burgos en la introducción al libro *Persona y Acción* de ediciones Palabra “La utilidad metodológica de la experiencia está inspirada en el método fenomenológico [...] Wojtyla pretende que su método tenga alcance ontológico”<sup>6</sup>.

Luego pasaremos a un supuesto en nuestro autor, que es el concepto de naturaleza. ¿Hoy es posible hablar de naturaleza humana? ¿Podremos referirnos de la misma manera que hace mil años, cuando hacemos referencia a la naturaleza humana? En Wojtyla la naturaleza humana es un punto de apoyo que quiere comprender, que desea penetrar para poder llegar a la esencia de la persona.

La naturaleza es la esencia de una determinada cosa, tomada como fundamento de su actividad. Porque si analizamos un ser realmente existente,

---

<sup>4</sup> Wojtyla, Karol: “*Persona y Acción*” (Ed. De Juan Manuel Burgos. Prologo: Juan Manuel Burgos. Trad. Rafael Mora, Ed. Biblioteca Palabra, Madrid 2011. p. 32.

<sup>5</sup> Cfr. Jaroslaw Merecki: *Las fuentes de la filosofía de Karol Wojtyla* en Burgos, Juan Manuel (ed.): *La filosofía personalista de Karol Wojtyla*; Ed. Palabra, Madrid: 2007, pp. 13 a 24

<sup>6</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*. Ed. De Juan Manuel Burgos. Prólogo: Juan Manuel Burgos. Trad. Rafael Mora, Ed. Biblioteca Palabra, Madrid 2011, p. 17.

considerando toda su esencia, debemos admitir que la acción de este ente es, por una parte, una prolongación de su existencia y, por otra, cuando se trata del contenido de esta acción, es la resultante o lo que emerge de la esencia de este ente<sup>7</sup>.

Intuición que lo lleva a no dejar de lado toda esa larga tradición aristotélico-tomista que nuestro autor ha hecho suya, sin pretender hacer de ella un punto de partida absoluto; más bien es un pie de apoyo, valioso, necesario, sabiendo que es una filosofía que posee escasa incidencia en el pensamiento posmoderno, porque sabe que son otros tiempos, otras circunstancias, otros intereses. “Superación” es la expresión que podemos utilizar para describir lo anterior en el pensamiento de Wojtyła: asume lo aprendido, pero lo eleva y supera, para dar respuesta en este tiempo a la pregunta qué es el hombre.

Y finaliza el segundo capítulo con una pequeña síntesis, un escueto recorrido histórico del concepto de persona, que es incorporado en éste trabajo debido a que Wojtyła parte, supone, se nutre de este desarrollo.

Y en el tercer capítulo comenzamos a definir, a partir de algunas categorías, el concepto de persona, tales como acto, conciencia, voluntad, libertad, amor.

El acto humano, manifestación del dinamismo de la persona humana en cuanto “el hombre actúa” y “algo ocurre en el hombre”, es la actualización del hombre; pero sólo podemos tomar como manifestación de su esencia aquellos actos que se realizan con conocimiento y advertencia, cuando se tiene dominio de lo realizado, es decir, que sean realizados con “eficacia”, clave para percibir la distinción entre si en el hombre algo ocurre o si actúa.

Las acciones son un momento privilegiado para ver la persona y, por tanto, para conocerla experimentalmente. Constituyen algo así como el punto de partida más adecuado para comprender su naturaleza dinámica; y la moralidad, en cuanto propiedad intrínseca de las acciones<sup>8</sup>.

La experiencia del “yo quiero” constituye el hecho empírico más simple en el que se manifiesta la causalidad del yo personal, y es a partir de esta visión integral de la causalidad

---

<sup>7</sup> Wojtyła, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. Edición de Juan Manuel Burgos y Alejandro Burgos, Trad. Pilar Ferrer, Ediciones Palabra, Madrid 2005, p. 282.

<sup>8</sup> Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 44.

de la persona que llegamos al mismo tiempo a la autodeterminación, que manifiesta la estructura de la autoposesión y la autorreflexión.

Nuestro autor le da importancia al análisis de la conciencia y la autoconciencia: “La conciencia si bien refleja lo que es objetivado cognoscitivamente por el hombre, al mismo tiempo y sobre todo da a toda la dimensión subjetiva que es propia del hombre precisamente porque él es sujeto. La conciencia interioriza todo lo que el hombre conoce y lo hace contenido de la experiencia del sujeto”<sup>9</sup>. Sosteniendo que es el momento de la subjetividad y donde se posibilita la existencia del yo; por lo cual podemos hablar de persona. Persona que se manifiesta exclusivamente en la experiencia, y más precisamente en la experiencia moral, para inmiscuirnos en el objetivo planteado.

Supuesto lo anterior, finalizaremos nuestro trabajo con un desarrollo personal sobre “La persona humana en el pensamiento de Karol Wojtyła”, partiendo de aquella novedad que aporta nuestro autor a la tradición cristiana, expresado en estas palabras: “La definición de persona de Boecio, como sustancia individual de naturaleza racional, expresaba sobre todo la individualidad del hombre en cuanto ser sustancial que posee una naturaleza racional o espiritual, pero no todo lo específico de la subjetividad esencial del hombre como persona. Boecio define sobre todo el terreno metafísico, la dimensión del ser en el que se realiza la subjetividad personal del hombre”<sup>10</sup> aquí redunda nuestra tarea, la riqueza que imprime en la definición de persona que cautivó el interés de muchos, porque nos sumerge en el sujeto concreto, de carne y hueso, para que a partir de esta realidad adentrarnos en lo que el hombre es en tanto persona.

Y... ¿cuál sería la finalidad de esta Tesis? Tal vez sea una utopía o un proyecto demasiado ambicioso, pero me motiva pensar que este ensayo pueda servir como ideal regulador y criterio axiológico de aquellos cambios sociales, políticos y económicos, reales y posibles, que está necesitando nuestro tiempo.

---

<sup>9</sup> Wojtyła, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., p.56.

<sup>10</sup> *Ibíd.* pp. 306-307.

**CAPÍTULO 1: VIDA, OBRA E INFLUENCIAS**

## 1. Vida y obra de Karol Wojtyla

Voy a comenzar con una frase del mismo autor siendo Papa Juan Pablo II, para sintetizar lo que ha sido su vida desde su más tierna infancia, cuáles han sido sus preocupaciones y cuál es el motivo de esta investigación: “Siempre me ha apasionado más el hombre; mientras estudiaba en la Facultad de Letras, me interesaba por él en cuanto artífice de la lengua y en cuanto objeto de la literatura; luego, cuando descubrí la vocación sacerdotal, comencé a ocuparme de él como tema central de la actividad pastoral”<sup>11</sup>.

Haciendo un poco de historia y dando cuenta del entorno en que nace Karol Wojtyla podemos decir, de modo muy sintético, que los polacos descienden de las tribus eslavas que poblaron Europa central y Oriental desde el siglo IV después de Cristo. Mucho tiene que ver en la conformación como nación de este pueblo Polaco el cristianismo, que inundó su cultura de tal forma que mantuvo un pueblo unido aún en ausencia del estado.

Al suroeste de Cracovia, se encuentra una ciudad llamada Wadowice, población fundada a mediados del siglo XIII y ubicada junto al río Skawa, en las colinas de las montañas de Beskidy, precisamente en 1564, al final de la dinastía jagelloniana. Lugar que nos trae a la memoria a uno de los más grandes personajes de la historia, san Juan Pablo II, que gobernó la Iglesia católica por más de 25 años.

Se llamó Karol Wojtyla, nace en Wadowice, sur de Polonia, el 18 de mayo de 1920 y es bautizado a los pocos días de nacer en la iglesia de Santa María del mismo lugar. Poeta, dramaturgo, actor, filósofo, místico, pastor.

Su familia estaba conformada por su padre Karol Joshep Wojtyla, militar; y su madre Emilia. A los nueve años aparece su primer gran dolor, la muerte repentina de su madre, a quien, tiempo después le dedicaría un poema que reza de la siguiente manera:

*Sobre tu blanca tumba  
Ya cerrada hace años  
Algo parece sublevarse:  
Algo inexplicable como la muerte.*

Poco tiempo después muere su hermano mayor, ya médico, al contraer la enfermedad de escarlatina, habiéndose contagiado en el hospital donde ejerciera su profesión médica. Queda solo con su padre, quien ejerce, también, la función de madre; es quien les enseña a

---

<sup>11</sup> Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*. Editado por Vittorio Messori, Trad. De Pedro Antonio Urbina; Ed. Plaza & Janes Editores S.A., Barcelona, 1994, p. 100.

Karol y alguno de sus amigos historia, además de introducirlo en la lectura de la Biblia y de los grandes autores del romanticismo polaco como Cyprian Norwid y Adam Mickiewicz.

Durante su infancia tuvo un gran amigo, al que se refiere en su libro *Cruzando el Umbral de la esperanza*: “amistad que ha continuado desde los banco de la escuela hasta hoy, a pesar de la distancia provocada por la segunda guerra mundial, se trata de Jerzy Kluger, de familia judía, quien tuvo que huir debido al advenimiento del nazismo y el racismo que provocó el exterminio de gran parte de la comunidad judía que habitaba Wadowice en aquella época, dentro de la cual se encontraba toda la familia de Jerzy”<sup>12</sup>.

Gran parte de los habitantes de Wadowice eran judíos. Según cuenta el mismo Karol Wojtyła la mitad de la clase estaba conformada por niños judíos.

Allá por el año 1926 comienza su escuela primaria o elemental en su ciudad natal; ya en 1930 ingresa a la escuela secundaria, el Instituto Estatal Marcin Wadowice, colegio sólo para varones, de muy buena educación, donde se enseñaba latín, griego, lengua y literatura polaca, historia y matemática. Es durante los últimos años del liceo donde se interesa y se entusiasma por la literatura polaca.

De joven, mostró una gran inquietud por el teatro y las artes literarias polacas.

Al terminar sus estudios en el Liceo, junto a su padre, se mudan a Cracovia para que Karol pueda estudiar en la Universidad Jagellónica la carrera de Filología, universidad donde varios siglos atrás se había formado Nicolás Copérnico. Pero debido a los acontecimientos mundiales de entonces, sólo pudo concluir su primer año de estudio, ya que el 1 de setiembre de 1939 estalló la segunda guerra mundial.

Más allá de su interés por la literatura polaca, por la cual había iniciado sus estudios universitarios de filología, lo que siguió fue un profundo interés por la palabra misma, en uno de sus escritos nos dice: “La palabra, antes de ser pronunciada en el escenario, vive en la historia del hombre como dimensión fundamental de su experiencia espiritual. En última instancia, remite al insondable misterio de Dios mismo. El redescubrir la palabra a través de los estudios literarios y lingüísticos, me acercaba al misterio de la Palabra, de esa Palabra a la cual nos referimos cada día en la oración del Ángelus”<sup>13</sup>.

Su elección por la filología era motivada por su predisposición hacia la literatura. En sus propias palabras dice: “en aquél tiempo estaba fascinado sobre todo por la literatura, en

---

<sup>12</sup> *Ibíd.* p. 57.

<sup>13</sup> Juan Pablo II, Papa. *Don y Misterio*. Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, 1996, p. 12.

particular por la dramática, y por el teatro”<sup>14</sup>. En Cracovia continuó con su inclinación por el teatro. Es en esta época en que entra en contacto con el teatro de la Palabra Viva, un movimiento teatral, fundado por Mieczyslaw Kotlarczyk quien había sido alojado en casa de Karol, junto a su mujer. Realizaban actuaciones concretas que tenían el carácter de teatro de la palabra, donde la escena y el decorado eran mínimos, la actuación consistía esencialmente en recitar textos poéticos. Tanto los que formaban parte del grupo actoral como los invitados debían guardar secreto, debido a la posible sanción muy dura por parte de las autoridades de la ocupación nazi.

Al desatarse la Segunda Guerra Mundial, los alemanes cerraron todas las universidades de Polonia con el objetivo no solo de invadir el territorio sino también de aniquilar la cultura polaca.

Durante la ocupación nazi, fueron convocados los profesores a una asamblea, que concluyó con la deportación de todo el cuerpo docente al campo de concentración de Sachsenhausen; en ese entonces Karol se dedicó a leer y escribir mucho, y de esta época son sus primeros trabajos literarios.

Frente a esta situación, Karol Wojtyla con un grupo de jóvenes universitarios llevaban a cabo lecturas literarias, discutían programas escolares y además se oponían a la restricción de estudiantes judíos en la universidad.

La Segunda Guerra Mundial, los campos de concentración y el exterminio programado fueron parte de la experiencia personal de Karol, quien dice: “...Auschwitz es el símbolo más elocuente del holocausto del pueblo judío, muestra hasta dónde puede llevar a una nación un sistema construido sobre premisas de odio racial o de afán de domino”<sup>15</sup>. Atentado éste, que hace caso omiso de las leyes inscritas en la dignidad de la persona humana.

De esta época son sus obras literarias, por ejemplo “David”, obra que se ha perdido; “Job”, obra que tiene como tema el relato bíblico de Job, donde Polonia tomada por los Nazis es precisamente Job; y la obra “Jeremías”, cuyo escenario se desarrolla en la Polonia del siglo XVI y la temática es la contrarreforma.

Poco antes de decidir su ingreso al seminario, en 1940 el joven Karol tuvo que trabajar arduamente como obrero en la cantera Zakrzówek, debido a que el régimen deportaba a quienes no poseyeran un trabajo. Según relata el mismo Karol, esta experiencia le ayudó a

---

<sup>14</sup> *Ibíd.* p. 11.

<sup>15</sup> Juan Pablo II. *Cruzando el umbral de la esperanza*; op. cit., p. 57.



conocer de cerca el cansancio físico, así como la sencillez, sensatez y fervor religioso de los trabajadores y los pobres. Al año siguiente ingresa como obrero en la planta química Solvay.

El 18 de febrero de 1941, se produce otro golpe muy duro en su vida, muere su único familiar cercano que le quedaba y quien había sido un timón durante su vida, fallece su padre. Debido a esta soledad familiar, Karol fue a vivir a casa de los Kydrynski, una familia amiga.

En 1942 tomó la decisión de ingresar al seminario de Cracovia, el cual funcionaba de manera clandestina, debido a que la Gestapo había prohibido el ingreso de nuevos seminaristas. Ingresó al Departamento Teológico de la Universidad Jaguelloniana, que también funcionaba de forma clandestina, mientras continuaba trabajando como obrero en la planta química Solvay. Durante estos años tuvo que vivir oculto junto con otros seminaristas, quienes fueron acogidos por el cardenal de Cracovia.

Su primera obra en el seminario, más precisamente en último año del mismo, fue *El hermano de nuestro Dios*.

En 1945 la ocupación alemana abandona Cracovia, dando lugar al Ejército Rojo de la URSS a tomar el poder, dotando a los sóviets del control absoluto sobre la ley y el orden; se pensaba que este cambio de poder llevaría a una supuesta liberación, que nunca ocurrió; repitiéndose el escenario de los primeros días de la ocupación nazi; persecuciones, pérdida de libertades individuales, entre otros límites impuestos por el comunismo ruso.

Dice Karol Wojtyla, siendo Juan Pablo II en su libro *Don y Misterio*: “He podido conocer, por decirlo así, desde dentro, los dos sistemas totalitarios que han marcado trágicamente nuestro siglo: el nazismo de una parte, con los horrores de la guerra y de los campos de concentración, y el comunismo, de otra, con su régimen de opresión y de terror. Es fácil comprender mi sensibilidad por la dignidad de toda persona humana y por el respeto de sus derechos, empezando por el derecho a la vida. Es una sensibilidad que se formó en los primeros años de sacerdocio y se ha afianzado con el tiempo. Es fácil entender también mi preocupación por la familia y por la juventud: todo esto ha crecido en mí de forma orgánica gracias a aquellas dramáticas experiencias”<sup>16</sup>.

El 1 de noviembre de 1946, a la edad de 26 años, Karol Wojtyla fue ordenado sacerdote en el Seminario Mayor de Cracovia y celebró su primera misa en la Cripta de San Leonardo en la Catedral de Wawel. En noviembre de ese mismo año, viaja a Roma, pasando por París, instalándose en el Colegio Belga, donde residirá por dos años.

---

<sup>16</sup> Juan Pablo II: *Don y Misterio*. Ed. Conferencia Episcopal Argentina-Oficina del Libro, Buenos Aires 1996, p. 78

Eran tiempos en que se gestaba un movimiento intelectual interesante, una nueva teología naciente de la mano de Marie-Dominique Chenu, Ives Congar, Jean Danielou y Henri de Lubac.

Pasado un tiempo relativamente corto, precisamente en el año 1947, obtuvo la Licenciatura de Teología en la Universidad Pontificia de Roma, el Angelicum, y más adelante se doctoró en Teología. Aunque recibió las más altas puntuaciones en el examen doctoral no pudo obtener el título por no tener los fondos suficientes para realizar la impresión de la tesis, requisito necesario que exigía el Angelicum.

Fue al volver a Polonia, luego de algunas revisiones, que presenta la tesis en la Facultad de Teología de la Universidad Jagelloniana de Cracovia en la que recibe el título de Doctor en Teología. Su tesis doctoral versaba sobre el tema “La doctrina de la fe según san Juan de la Cruz”<sup>17</sup>. Trabajo que había comenzado a escribir algún tiempo atrás, y que luego continuó con la dirección del P. Ignacy Rózycki, profesor de la Universidad de Cracovia y que completó siendo su director de tesis el padre Réginald Garriguo-Lagrange, figura destacadísima de la facultad del Angelicum.

En el verano de 1948 en un recorrido por distintos países de Europa, entre los que se encontraba Francia, visita a los Sacerdotes Obreros, un movimiento de sacerdotes que trabajaban en distintas labores de baja calidad y que estaban muy cercanos a los Movimientos Obreros; fundados por el arzobispo de Paris Mons. Suhard, una realidad que se impondría en América Latina en las décadas del 60 y 70, para luego decaer, sin desaparecer totalmente.

Al regresar a Polonia es asignado a la parroquia de san Florián en Cracovia donde trabaja con los jóvenes, con los que establece contactos asiduos; esta experiencia le permite comprender la realidad por la que estos jóvenes atravesaban, denuncia la inmoralidad, el ateísmo y el materialismo a que eran invitados los jóvenes durante este tiempo.

---

<sup>17</sup> “En su tesis Wojtyla ponía énfasis en la naturaleza personal del encuentro humano con Dios, en el que los creyentes trascienden de tal modo los límites de su existencia como criatura, que se tornan más auténticamente ellos mismos. Ese encuentro con el Dios viviente no está reservado tan sólo a los místicos. Es el centro de toda vida cristiana. La experiencia mística revela cosas importantes acerca del camino hacia Dios y de la naturaleza de nuestra comunión con Dios”. Weigel, George: *Testigo de Esperanza. Bibliografía de Juan Pablo II*. Trad. de Patricia Antón, Jofre Homedes y Elvira Heredia. Ed. Plaza & Janes Editoris, S.A., Barcelona 1999, p. 127

También se ocupó de enseñar en la escuela superior, dictar conferencias, donde se reúne con estudiantes; es durante este tiempo que conforma y forma un grupo de universitarios al que denominó Srodovisko, que significa Ambiente. Se reunían periódicamente con el joven sacerdote, a quien llamaban Tío; salían de excursiones a la montaña, a esquiar y a realizar travesías con kayak, como así también realizaban actividades formativas, tales como el dictado de cursos para novios, entre otras actividades.

Su modo de pastorear a la comunidad estuvo caracterizado por ser abierto y familiar, un pastor interesado en el contacto humano, de espíritu creativo, era una personalidad que daba mucho valor a la amistad, tendiendo siempre a generar espacios y ambientes comunitarios.

En cuanto a su actividad como literato, su obra floreció durante los diez primeros años de sacerdocio, firmando con seudónimos, tales como Andrzej Jawien o Stanislaw Andrzej Gruda; lo hacía con la intención de distinguir su obra literaria de sus escritos sobre religión, fe, moral, asuntos eclesiales, los cuales siempre eran publicados con su nombre propio.

Otra de sus obras literarias, producto de la actividad con los jóvenes universitarios, obra de gran importancia, fue El taller del Orfebre, en agradecimiento a Srodowisko.

A finales de 1951, por pedido del Cardenal Eugeniusz Baziak, Wojtyla tuvo que prepararse para rendir la habilitación necesaria que le permitiera dictar cursos en la Universidad Jagellonica de Cracovia, otorgándole dos años sabáticos para poder preparar dicha habilitación.

Es así que en 1951 comienza su doctorado en filosofía. Motivado por su amigo, el P. Rózycki, se interesa por desarrollar su tesis sobre la posibilidad de fundamentar la ética cristiana en la fenomenología de Max Scheler.

Luego de dos años de trabajo, en 1953 defiende su tesis doctoral; lo hace en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellonica, con un tribunal integrado por dos profesores de esta alta casa de estudios y Stefan Swiezawski, de la Universidad Católica de Lublin, quien influirá mucho en la carrera doctoral.

La facultad de teología, poco después de la discusión de la tesis del padre Karol en 1954, fue clausurada por las autoridades.

Fue el matrimonio Swiezawski quien le instaría acaloradamente a unirse a la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Lublin, al que accedió y lo fue durante 20 años, desempeñándose como profesor de Ética Filosófica además de desempeñarse como profesor en la Universidad Estatal de Cracovia; lugares donde interactuó con importantes

representantes del pensamiento católico polaco, especialmente de la vertiente conocida como “tomismo lublinense”.

Lo característico de sus clases, fue que las impartía remitiendo siempre a ejemplos de la vida diaria, la experiencia de cada hombre y mujer en su cotidiano vivir.

Luego de las vacaciones de verano, que realizaba con un grupo de jóvenes con quienes compartía su pasión por la canoa sobre el río Lyna, regresa a Cracovia y comienzan los preparativos para su ordenación episcopal, que se llevaría a cabo el 28 de setiembre de 1958, fiesta de san Wenceslao, patrono de la catedral de Wawel. Allí fue consagrado Obispo Auxiliar y Administrador Apostólico de Cracovia, acompañando a Monseñor Baziak, convirtiéndose así en el miembro más joven del episcopado polaco.

Si nos atenemos a la intimidad de su personalidad, una de las características que remarcan quienes compartieron parte de este caminar como sacerdote y ahora como Obispo, era que las relaciones que entablaba se caracterizaban por ser personales: atento a la escucha, gentil, compasivo, expresado de modo especial al momento de la visita a enfermos que realizaba con asiduidad.

Es en 1960, varios años antes de la revolución sexual proveniente de la comunidad occidental, el obispo Wojtyla escribe *Amor y Responsabilidad* una obra que trata de modo excepcional sobre la persona humana, sobre la relación de amor entre varón y mujer, la entrega generosa de dos personas que deciden donarse el uno al otro; obra que da cuenta de una escucha atenta y comprometida con los jóvenes, con los adultos, con la familia. Este escrito lo realiza con la colaboración de la psiquiatra Wanda Poltawska, amiga personal de nuestro autor.

En la historia de la Iglesia Católica durante este tiempo el Papa Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II, que dará inicio el 11 de octubre de 1962 y que concluye, siendo Papa Pablo VI, el 8 de diciembre de 1965. Momento importantísimo y central de la Iglesia Católica Universal en el que Karol Wojtyla tuvo una participación muy activa, especialmente en las comisiones responsables de elaborar la Constitución Dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium y la Constitución pastoral Gaudium et Spes.

Durante varios años, el entonces Obispo Wojtyla combinaba la producción teológica con una intensa labor apostólica, especialmente con los jóvenes, con quienes compartía tanto momentos de reflexión y oración como espacios de distracción y aventura al aire libre.

Su amiga, Wanda Poltawska solía comentar que estando con él, Karol leía un texto que podría ser de teología o filosofía mientras ella le leía obras de literatura elegidas,

pudiendo dar cuenta de ambas lecturas; poseía atención divergente y tenía muy buena memoria.

El 13 de enero de 1962 falleció Monseñor Baziak, pero hubo que esperar dieciocho meses hasta que el obispo Wojtyla ocupara la sede de Cracovia como titular. Dos años después, el Papa Pablo VI convierte a Cracovia en Arquidiócesis. Durante su labor como Arzobispo, Monseñor Wojtyla se caracterizó por la integración de los laicos en las tareas pastorales, la promoción del apostolado juvenil y vocacional, la construcción de templos a pesar de la fuerte oposición del régimen comunista, la promoción humana y formación religiosa de los obreros y el aliento del pensamiento y las publicaciones católicas.

Siendo ya arzobispo, creó un curso de un año de duración cuya temática estaba centrada en la preparación al matrimonio y variados temas relacionados con la vida familiar; luego este curso se transformó en un Instituto de Estudios Familiares de la Arquidiócesis, donde se estudiaban temas referidos a la familia, la sexualidad humana, el cuidado de los niños y ayuda en caso de depresión posaborto. También se creó un fondo arquidiocesano para ayudar a mujeres solas que decidieran seguir adelante con el embarazo y pudieran educar a sus hijos.

Frente al régimen comunista establecido en la Polonia de su tiempo, su trato para con el régimen era de diálogo, apelaba a la fuerza del argumento para contrarrestar las investidas contra la libertad religiosa y los diferentes ataques contra la persona humana a que se veía sometido el pueblo polaco por parte del comunismo ruso.

En junio de 1967, a los 47 años de edad, el Arzobispo Wojtyla fue consagrado Cardenal por el Papa Pablo VI.

En 1969 escribe *Persona y Acto* (en la edición española *Persona y Acción*), resaltando en la misma el valor de la persona humana, y tomando como punto de partida para su comprensión la experiencia y la conciencia de la misma, su apertura a la comunidad, expresado con la idea de participación. Es una obra de antropología con características del personalismo, del tomismo, de la fenomenología y del existencialismo.

Tenía muy buena relación con el filósofo Román Ingarden, discípulo de Husserl; y a través de él, con una de sus discípulas, Anna Tymieniecka, fundadora del Instituto Mundial de Fenomenología, viviendo en Estados Unidos. Tymieniecka, estuvo desde 1968 a cargo de la revista *Analecta Husserliana*, donde aparecieron textos de Wojtyla, cuya originalidad era destacada por la fundadora de la revista; además es ella quien le ayuda a sistematizar la obra antes mencionada *Persona y Acto*.

Ya era una personalidad de gran notoriedad y muy respetado entre los obispos.

En 1976 el Papa Pablo VI invitó al entonces Cardenal Wojtyla a predicar los ejercicios espirituales para cuaresma que se celebraban todos los años destinados al Pontífice y la Curia Romana. La temática del retiro giró en torno al capítulo 22 de la *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II.

A instancia de la muerte del Papa Juan Pablo I escribe su última obra poética, llamada “Estanislao”, donde plantea el martirio como fuente de unidad polaca y modelo de santidad cristiana.

A la muerte de Juan Pablo I, el 28 de setiembre de 1978, le siguió el llamado del Colegio Cardenalicio para elegir al próximo sucesor. Luego de tres votaciones, en la cuarta votación del día 16 de octubre por la tarde, es electo nuevo Sumo Pontífice, el hasta ahora, Karol Wojtyla, quien en honor a su antecesor, se pondrá por nombre Juan Pablo II. Quienes hemos sido contemporáneos, nunca olvidaremos sus primeras palabras al asomarse al balcón de la Basílica de San Pedro «¡No tengan miedo!».

Su vida ha estado marcada por la centralidad de la persona humana, su vida, su experiencia, fue acorde a este modo de comprender su pontificado, al punto que su primera encíclica, que marcaría su camino como Papa, fue *Redemptor Hominis (La salvación del hombre)*.

## ***2. Influencias en su pensamiento***

### ***2.1. Influencias de la vida cotidiana***

En el pensamiento de Karol Wojtyla hay mucho de historia y vivencia personal, experiencias de amor y cercanía, de encuentros y pérdidas; experiencias de dolor y sufrimiento.

Habitante de una Polonia que desde mediados del siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX ha tenido un particular ambiente cultural, país frontera entre el mundo oriental y occidental, que ha sido atravesado por dos totalitarismos, el nazismo y el comunismo, con las consiguientes consecuencias devastadoras para esa comunidad. Todo ha marcado la identidad de este pueblo polaco, su modo de hacer cultura, de ver la historia y vivirla, atravesado por su fe cristiana.

Cuando se piensa en alguien y queremos averiguar su modo de ver al hombre, al mundo y a Dios, no podemos soslayar de dónde viene, pues su cultura, su historia, su religiosidad inundan sus intereses. En su Polonia natal, Karol experimenta el sufrimiento de

una comunidad por la pérdida de la libertad, garante de la dignidad de la persona humana, que abre a la pregunta por el hombre mismo: ¿cómo en la más dolorosa esclavitud puede la persona experimentar esa libertad que brota desde la misma interioridad del hombre?

El pensamiento de Karol Wojtyła, hombre de espíritu inquieto, no se despliega en torno a las influencias que recibe, sino a su propia necesidad de encontrarse con un motivo que dé sentido existencial a la vida del hombre, principalmente a su propia vida.

La primera influencia que mencionamos no es extraída de grandes sistemas filosóficos ni de grandes pensadores que marcaron la historia de la humanidad, sino que surge de su propia experiencia. Experiencias de encuentros, de partidas, como la de su madre y la de su hermano mayor en su más tierna infancia, de guerras como fue la segunda guerra mundial, de sometimientos como en los dos totalitarismos, de pérdida de libertad, de condiciones inhumanas de vida, como fueron los campos de concentración en Auschwitz, experiencias de soledad vivida frente a la muerte de su padre, último integrante de su familia que acompañaba su vida.

El drama del hombre, pero encarnado en su propia realidad, es el camino que lo lleva a plantearse una problemática antropológica, que aparece como el punto de partida de su pensar filosófico, literario y teológico.

Comenta en *Memoria e Identidad*: “He tenido la oportunidad de experimentar personalmente las ideologías del mal. Es algo que nunca se borra de la memoria. Primero fue el nazismo. Lo que podía ver en aquellos años era ya terrible. Pero muchos aspectos del nazismo no se veían en aquel período. No todos se daban cuenta de la verdadera magnitud del mal que se cernía sobre Europa, ni siquiera muchos de entre nosotros que estábamos en el centro mismo de aquel torbellino”<sup>18</sup>.

El entorno familiar y social, las personas que van surcando esos espacios físicos nos van condicionando a través de su ejemplo, de sus palabras, de sus enseñanzas, es así que comenzamos por ver quiénes trascurrieron por esa vida de Karol.

## 2.2. Su padre

La primera influencia que marcará la niñez, adolescencia y juventud en la vida de Karol, es la de su padre. Hombre autodidacta, que hablaba muy bien el alemán y le enseñará a Lolek el idioma, era instruido en literatura polaca e historia a las que introducirá a su hijo.

---

<sup>18</sup> Juan Pablo II: *Memoria e Identidad*. Trad. Bogdan Piotrowski. Ed. Planeta, Buenos Aires 2005, p. 27

Literatura ilustrada con lecturas de poetas de la era de la partición como Cyprian Nordwid (1821-1883). Poeta romántico, apasionado por la verdad, por explicar la verdad de las cosas, haciéndolo a través del arte, rechazando la noción del arte por el arte mismo. Como así también leyó a Shakespeare, Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière, y los polacos como Wyspianski, y Aleksander Fredro.

Fue de su padre de quien adquirió el hábito de la lectura, que se sentaba a su lado y le leía.

### 2.3. *Influencia religiosa*

Otra figura significativa para nuestro autor, que ha marcado su recorrido vocacional, es Adam Chmielowski, conocido como hermano Alberto, quien influyó desde el arte a una visión religiosa de la experiencia humana. Era un personaje que dejó el arte para dedicarse por completo a los pobres, ser siervo de los pobres. Fue quien motivó la obra *Hermano de nuestro Dios*, además de motivar a Karol para dejar la literatura y el teatro e ingresar al seminario.

San Luis Grignon de Monfort, Predicador francés del siglo XVIII, formará parte de sus lecturas en los tiempos en que trabajaba en la fábrica Solvay. De sus obras tomará la devoción a la Virgen María, la que llama especialmente la atención de Wojtyla por el misterio de la encarnación, que se realiza por el sí de la Virgen María a la acción de Dios: De aquí surge el “totus tuus”, luego característico de su pontificado.

Otra influencia religiosa fuerte para Karol, fue la de Jean Tyranowski, sastre de oficio, nacido en 1901; quien era un laico consagrado, hombre de oración contemplativa profunda. Él lo introduce en la lectura de las obras de san Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila. Jean había conformado un grupo de jóvenes llamado Rosario Viviente, integrado por algunos jóvenes, del que formó parte Karol. Dicha organización y reuniones eran clandestinas. De aquí se entiende que su tesis doctoral en teología fuese sobre san Juan de la Cruz, pues es de sospechar que los orígenes de su interés hayan nacido en este entorno religioso junto a Tyranowski.

### 2.4. *Influencia artística y literaria*

En sus últimos años de secundario participó como actor de la mano de Mieczyslaw Kotlarczyk, cristiano creyente que se valía del teatro dramático para transmitir la palabra de Dios y la verdad acerca de la vida. En las presentaciones teatrales la centralidad estaba dada



por la palabra, dejando de lado el vestuario, y el actor tenía la función de introducir al oyente en ese misterio de la palabra.

De esta experiencia surge en él el deseo de estudiar Filología, por su pasión por la palabra misma.

### *2.5. Acercamiento al pensamiento filosófico-tomista*

Asimismo y paradójicamente, ingresa al mundo de la filosofía cuando decide hacerse sacerdote, ciertamente motivado por la enseñanza dada en los seminarios que giraba en torno al pensamiento realista de Aristóteles y santo Tomás de Aquino. Dice Juan Manuel Burgos: “intuición, sensibilidad y análisis filosófico estuvieron siempre unidos en la mente de Wojtyła”<sup>19</sup>; el punto crucial de su camino dentro de la perspectiva tomista, lo podemos situar en 1948, cuando finaliza su tesis doctoral en el Angelicum Romano, momento en que ya emerge su particular mirada intelectual.

El tomismo es la corriente filosófica que se inicia con santo Tomás de Aquino allá por el siglo XIII y se afianza un siglo después, perdurando hasta nuestros días con eximios representantes, de la talla de Cornelio Fabro, Reginald Garrigou-Lagrange, Jacques Maritain, Etienne Gilson, Roger Verneaux, Antonio Millán-Puelles, Mariano Artigas, entre otros tantos. Hunde sus raíces en el aristotelismo, en sus doctrinas más importantes y fundamentales.

Una síntesis del pensamiento tomista nos permite expresar algunas características; en cuanto al aspecto gnoseológico, pone como punto de partida del conocimiento a los sentidos que por la fuerza espontánea del entendimiento agente conceptualiza lo captado; la metafísica gira en torno a la analogía del ser, los modos de ser, acto y potencia, esencia y existencia. El hombre es una unidad sustancial de cuerpo y alma espiritual, esta última, forma del cuerpo: su felicidad eterna consiste en la contemplación de Dios. Un Dios que el hombre puede conocer y puede demostrar su existencia, como Primer Motor, Causa Primera, Ser Necesario, Principio de orden y finalidad.

Una de las figuras destacadas en el tiempo de estudio en el Angelicum, era el padre Reginald Garrigou-Lagrange, sacerdote dominico francés, neoescolástico, de enorme influencia en el pensamiento cristiano de la época. Según el registro del colegio belga, Karol estudió la Summa Theologica de santo Tomás, lee a san Alfonso María de Ligorio, algunos

---

<sup>19</sup> Burgos, Juan Manuel (ed.): *Reconstruir la persona – Ensayo personalista*. Ediciones Palabra, Madrid 2009, p. 189.

textos de Orígenes y de Gregorio de Nisa, varios libros de Luis María Grignion de Montfort, mientras sigue *La Vie Spirituelle*, la revista de los dominicos franceses<sup>20</sup>.

De las páginas de dos periódicos de orientación católica, tales como *Tygodnik Powszechny* (Semanario Universal) y *Znak* (Signos), Karol Wojtyła y otros leerían por primera vez traducidas las obras de Henri de Lubac, Yves Congar, Karl Rahner y otros teólogos que darían forma al Concilio Vaticano II.

Buscó modos de dar respuestas satisfactorias al entorno social, político, religioso y filosófico que le ha tocado vivir; generó, a partir de la escucha atenta, de reuniones con intelectuales, de observación minuciosa de los otros, respuestas al hombre contemporáneo; se valió para ello de su propia capacidad reflexiva y de la “semilla de verdad” encontrada en pensadores más cercanos en el tiempo. En esto reside su riqueza y su genio, esa capacidad para unir sin mezclar, lo que para muchos era imposible. De este modo logró amalgamar el pensamiento aristotélico-tomista y el método fenomenológico, al que accede de la mano de Scheler y su fenomenología realista; de aquí surge una de sus obras de investigación importantes, llamada *Max Scheler y la ética cristiana*.

## 2.6. Acercamiento a la fenomenología

Podemos decir en el recorrido de su pensamiento y sus influencias que su itinerario intelectual pasó de la literatura a la metafísica y luego de la metafísica a la fenomenología.

Dice Juan Pablo II “sobre mi precedente formación aristotélico-tomista se injertaba así el método fenomenológico”<sup>21</sup>, y desde aquí podemos hacer una lectura a su historia personal y a su formación, en su búsqueda de sentido, de verdad.

La fenomenología, literalmente hablando, es la ciencia de los fenómenos; para la filosofía es la ciencia de los fenómenos que se manifiestan a la conciencia, cuyas manifestaciones se dan en la experiencia sensible, y no sólo en ésta, sino también en la experiencia estética, moral, religiosa.

Es la experiencia, especialmente la experiencia moral y religiosa la que le llama la atención a Wojtyła, que lo lleva a un acercamiento a la fenomenología de la mano de Max Scheler.

---

<sup>20</sup> Cfr. Riccardi, Andrea: *Juan Pablo II. La Biografía*. Trad. Walter Rodríguez. Ed. San Pablo, Buenos Aires 2011, p. 79.

<sup>21</sup> Juan Pablo II: *Don y Misterio*. op. cit., p. 104.

Motivado por el padre Rózycki, profesor suyo, luego compañero de habitación, Karol, interesado por reconstruir los fundamentos de la vida moral, accede a la lectura de Max Scheler con el objetivo de investigar si su planteo fenomenológico es válido para fundar la ética cristiana.

Scheler formó parte de una serie de pensadores alemanes que contribuyeron a una renovación intelectual católica, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Entre ellos se encuentran Dietrich von Hildebrand y Edith Stein, entre otros de los miembros del movimiento, que se hallaban vinculados al escenario filosófico polaco a través de Roman Ingarden.

Scheler, luego de alejarse de Husserl, fundador del movimiento fenomenológico, fue considerado el mayor filósofo alemán por su análisis de la persona y el mundo afectivo. Consideró a la modernidad y de modo especial a Descartes, como el iniciador de un grave error, la separación que se produjo entre cuerpo y alma.

Acorde a las conclusiones emanadas de la investigación de Wojtyla, no es que la tesis sobre Scheler pueda utilizarse para fundar una ética cristiana, sino que lo valioso que rescata nuestro autor reside en la posibilidad de madurar el método fenomenológico, como así también la sensibilidad para afrontar la problemática ética, atravesada por el dualismo cartesiano.

### *2.7. El personalismo en la filosofía y teología de Wojtyla*

Por otra parte, el Cardenal Stefan Wyszyński, obispo de Lublin, luego arzobispo de Varsovia y de Gniezno y primado de Polonia, profesor de sociología, interesado en Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, fue posiblemente uno de los incitadores del pensamiento personalista de Wojtyla.

Pero, según refiere Juan Manuel Burgos en la obra *El personalismo*: “Wojtyla pasa por tres etapas en su acercamiento al pensamiento personalista. En una primera etapa, que se ubica en torno al estudio sobre ética filosófica y sobre el amor humano, en su interés por acercarse al hombre concreto, de carne y hueso, que vive, siente, ama; así también, introduce la subjetividad en la reflexión ética teniendo en cuenta la interioridad del sujeto, su vida

personal, elemento no demasiado presente en la ética tomista, la que a su juicio era demasiado objetivista”<sup>22</sup>.

En sus encuentros con jóvenes estudiantes universitarios, sus caminatas, discusiones, surgen preguntas que los jóvenes le hacen, sobre la existencia de Dios, o cómo vivir, o sobre problemas relacionados al amor, la sexualidad, el matrimonio, el trabajo; de esta experiencia surge, en 1960, su obra *Amor y Responsabilidad*, en colaboración con la psiquiatra Wanda Póltawska.

Una segunda etapa se da en el paso de la ética a la antropología, dentro de la cual se inscribe su obra *Persona y Acción*. Del objetivismo tomista veía necesario pasar a un estudio de la persona, como sustancia ya constituida, con determinadas cualidades específicas, para luego pasar a un abordaje fundante del hombre como ser personal. Es a partir de la acción que le permite develar a la persona y luego su naturaleza dinámica y activa.

Una tercera etapa estuvo marcada por temas relacionados con su obra *Persona y Acción* tales como las relaciones interpersonales, la participación y la vida del hombre en la sociedad, la comunión de personas, la sociabilidad, la paternidad y la maternidad; podríamos decir que se encamina hacia una filosofía social, tomando categorías y criterios propios del personalismo y del pensamiento dialógico.

Y se podría incorporar una cuarta etapa, que no entraría dentro del estudio de esta investigación, que está marcada por su actividad como Papa Juan Pablo II, de modo especial marcado por las audiencias de los miércoles, en sus catequesis sobre La Teología del Cuerpo Humano que abarcan desde 1978 hasta el año 1984.

Así podemos enmarcar, si es posible utilizar esta expresión para alguien que entiende la libertad como un valor primordial, el pensamiento de nuestro autor, Karol Josep Wojtyla, desde un proceso intelectual que lo llevó a su posición definitiva: una perspectiva orgánica de ambas corrientes filosóficas, el tomismo y la fenomenología, desde una traza personalista que tiene, a su vez, dos fuentes diversas: por un lado la experiencia personal, ya mencionada más arriba; y por otro lado, el personalismo recibido a través de Mounier, Maritain y otros<sup>23</sup>.

“El origen de mis estudios centrados en el hombre, en la persona humana, es en primer lugar pastoral. Y es desde el ángulo de lo pastoral cómo, en *Amor y Responsabilidad*, formulé el concepto de norma personalista. Tal norma es la tentativa de traducir el

---

<sup>22</sup> Cfr. Burgos, Juan Manuel: *El Personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva*. Ediciones Palabra, Madrid 2000, pp. 110-118

<sup>23</sup> Cfr. Juan Manuel Burgos: *Karol Wojtyla*. Publicado en “Notes et Documents”, 6 (2006), pp. 53-64.

mandamiento del amor al lenguaje de la ética filosófica. La persona es un ser para el que la única dimensión adecuada es el amor”<sup>24</sup>.

Dice Rodrigo Guerra López, que el de Wojtyla es un personalismo trascendente, existencial, vivido como camino personal desde su Polonia natal. Personalismo marcado por el valor intrínseco de cada ser humano en particular, y su valor trascendente por reconocer su apertura a la verdad y al bien radicado en cada persona y en cada experiencia<sup>25</sup>.

En sus lecturas y estudio siempre intentó unir armónicamente la fe, el pensamiento y el corazón, ya que cada uno alienta a los otros; tres conceptos, sostiene Wojtyla, que ejercen un influjo particular ante el milagro de la persona.

---

<sup>24</sup> Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*. op. cit., p.101.

<sup>25</sup> Cfr. Guerra López, Rodrigo: *Volver a la persona – el método filosófico de Karol Wojtyla*. Ed. Caparrós Editores, México 2012, p. 35.

**CAPITULO 2: PUNTO DE PARTIDA**

## **1. La experiencia**

### *1.1. ¿Qué es la experiencia?*

Antes de adentrarnos en la concepción que Wojtyla tiene de la experiencia, realizaremos una aproximación general al significado de dicha palabra.

Una primera aproximación al concepto de experiencia<sup>26</sup> nos dice que la experiencia puede ser comprendida desde varios sentidos; así hablamos de aquella experiencia externa del sujeto que aprehende la realidad de modo inmediato sin el juicio intelectual; la enseñanza que se adquiere en la práctica, también es considerada como un modo de experiencia; así también al confirmar un juicio veritativo remitimos a la experiencia como fundante de dicho juicio; también forman parte de la experiencia aquellas que se asocian al dolor, al sufrimiento o algo que podamos padecer. En todos los casos podemos decir que es una aprehensión inmediata de lo dado.

A lo largo de la historia ha ido variando el sentido de la expresión experiencia; “para Aristóteles la experiencia era entendida como un proceso acumulativo de pasado y con una proyección al futuro, y el punto de partida de toda experiencia eran los sentidos”<sup>27</sup>. Para santo Tomás de Aquino, siguiendo a Aristóteles, la experiencia, que se origina en los sentidos, es la encargada de comenzar a escribir en la tabula rasa del entendimiento los primeros principios del ser y del obrar. En cambio, Bacon va a decir que la ciencia se basa en la experiencia, pero una experiencia que es ordenada, pues tiene un método que es modelar y condicionar la observación directa, en contraposición a la simple enumeración de la naturaleza que hacía Aristóteles; en general para la mayoría de los empiristas esta es la concepción de experiencia, pudiéndola resumir como la aprehensión intuitiva de cosas singulares.

Para los racionalistas la experiencia es un tipo de conocimiento pero de poca valía, ya que la verdad se adquiere sólo por medio de la razón.

Para Kant la experiencia es el comienzo del conocimiento, en ella existen datos que son recogidos por los sentidos, que sería como el elemento material del conocimiento, pero el elemento formal del mismo es colocado por el dinamismo trascendental del sujeto.

Para el idealismo, saber no es saber de la experiencia, sino saber el fundamento de la misma. Es la experiencia de la conciencia la que es objeto de conocimiento, porque es en la

---

26 Cfr. Ferrater Mora, José: *Diccionario de Filosofía Tomo I y II*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1964.

27 Marín Moreno, José Luis: *La raíz fenomenológica de Karol Wojtyla: método, conciencia y subjetividad*. Tesis Doctoral, Universidad de Murcia, España.

conciencia donde se encuentra lo real, dato que en Hegel es reemplazado por la “fenomenología del espíritu” ya que conduce la conciencia desde la perspectiva empírica hasta la perspectiva de lo absoluto. Es el espíritu que se hace consciente de sí mismo, donde la escisión entre el mundo de la experiencia y el de la conciencia desaparece.

Para Husserl el sentido primario de la experiencia está definido por su relación directa con lo individual, entendido este sentido primario en cuanto a la necesidad de comprender que nuestro conocimiento comienza con la experiencia de cosas existentes, que nos ofrece datos de hechos, que suceden aquí y ahora; es innegable que la justificación del objeto por parte de Husserl, dista mucho del objeto al que quiere llegar Wojtyla, sin embargo, como punto de partida, la experiencia es importante para alcanzar el objeto de conocimiento, la persona, que en este caso interesa a nuestro autor.

Durante el siglo XX y esta parte de nuestro presente siglo, la experiencia ha sido tomado en varios sentidos, por eso podemos hablar de experiencia sensible, experiencia religiosa, experiencia científica, experiencia filosófica, etc.

En toda experiencia siempre existe diálogo entre nuestro yo y lo dado. Parecería como una cierta pasividad del sujeto frente a lo dado, al dato recibido, que siempre es inmediato y concreto.

El dato o los datos que se dan en la experiencia no pueden ser identificados directamente con la experiencia, habida cuenta que la experiencia nunca es experiencia pura, por lo que los datos son experimentados por cada sujeto de modo diverso, según su propia subjetividad. Así la experiencia aparece en su sentido gnoseológico cuando la misma entra en relación a la conciencia.

### *1.2. La experiencia en Wojtyla*

El pensamiento personalista de Wojtyla, que en su método parte de la experiencia en tanto que expresión directa de un hombre en cuanto persona que actúa, intenta extraer a partir de la compleja trama de la experiencia producto de la existencia humana, haciéndola inteligible y pudiendo, a partir de ello, discernir lo que es específico de la persona. Parte de lo subjetivo de la experiencia para alcanzar lo objetivo de la persona.

Nos dice el mismo autor: “Para llegar a la comprensión de la subjetividad de la persona debemos partir de la categoría de la experiencia, en donde adquiere, esta categoría, pleno significado. Se trata no sólo de realizar la objetivación metafísica del hombre como sujeto agente, o sea, como autor de sus actos; se trata de mostrar a la persona como sujeto que tiene experiencia de sus actos, de sus sentimientos, y en todo esto de su subjetividad. De esta



manera garantizamos la subjetividad auténtica del hombre, es decir, su subjetividad personal, en una interpretación realista de su ser»<sup>28</sup>.

La idea de Wojtyla es que podamos descubrir de lo que experimentamos, sin imponer condiciones previas ni para la cosa experimentada, ni para la experiencia de las cosas.

El punto de partida de su reflexión filosófica es la realidad del hombre concreto, donde él actúa, donde se establecen relaciones familiares, amicales, de poder; experiencia necesaria para la objetivación del proceso cognitivo del hombre.

Es en la experiencia cotidiana donde el hombre responde a sus necesidades más básicas, como la de comer y vestirse, pero también se pregunta por su felicidad, por su sentido existencial. Es el lugar donde el hombre sufre, se alegra, se divierte, se aburre; el lugar donde busca y quiere encontrar la verdad; el lugar donde padece los acontecimientos naturales; donde pone de manifiesto su interioridad, su propia originalidad; el lugar donde cada hombre tiene que responder a su propia vocación, que lo hace responsable ante sí y también ante los demás y ante Dios. También es el lugar donde se manifiesta la miseria del hombre, como la indiferencia, el hedonismo, el consumismo. En resumidas cuentas, la experiencia es el punto de partida desde donde Wojtyla pretende alcanzar su finalidad que es extraer intelectualmente qué es el hombre, por qué es persona. Este modo de comprender la experiencia puede ser aplicado también a la experiencia del hombre posmoderno.

Es la experiencia la que nos remite a la subjetividad del hombre, por lo que tiene un especial valor ya que en ella se le hace patente al hombre su propia realidad, su “sí mismo”, como “yo” concreto. Es en ella donde el hombre se experimenta a sí mismo a la vez como sujeto y como objeto.

Lo subjetivo nos revela la estructura que lo constituye como un yo concreto, es el proceso de reducción que nos lleva a una comprensión del hombre en el mundo, así nos permite comprender su sí mismo.

En cada experiencia, los actos y sentimientos del hombre se manifiestan en todo su ser y lo hacen desde una particularidad existencial, por eso dice nuestro autor que cada experiencia es singular, única e irreplicable.

Ahondando en el sentido fundamental de la experiencia, Wojtyla nos hace saber que dicho concepto tiene raíces profundas no sólo en la psicología, sino en toda la antropología. Desde la psicología, podemos definir cada uno de estos elementos-aspectos como una especie de sentido. Así, el primer elemento-aspecto de la experiencia puede ser

---

28 Wojtyla, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., p. 32.

definido como el sentido de la realidad, poniendo el acento sobre la realidad, es decir, sobre el hecho de que algo existe con una existencia real y objetivamente independiente del sujeto cognoscente, de su acto cognoscitivo y, al mismo tiempo, existe como objeto de este acto. Precisamente por este motivo al conjunto de la experiencia pertenece también un segundo elemento-aspecto que se puede definir como sentido del conocimiento. Es el sentido de una particular relación con lo que existe de modo real y objetivo. Aún más, es el sentido de un particular contacto o fusión con lo que existe y existe precisamente de tal modo<sup>29</sup>.

Es el sentido que cada persona le da a la realidad a partir de la experiencia de la misma, la que nos permite conocerla; de este modo la experiencia constituye en nuestro conocimiento del hombre, una dimensión verdadera y propia.

Así Wojtyła comprende la experiencia del hombre conformada por dos sentidos, uno como experiencia interna y el otro como experiencia externa. El hombre al experimentar el mundo externo a él, que sería la experiencia externa, al mismo tiempo se está experimentando a sí mismo, de este modo se dirige a sí mismo de modo cognoscitivo, que sería la experiencia interna.

De esta manera la experiencia permite revelar la estructura de la persona, no sólo como autoconocimiento, es decir, capacidad de conocerse a sí mismo, sino como autodeterminación, es decir, capacidad del hombre de poseerse a sí mismo y tener dominio o señorío sobre su propia subjetividad.

Pero el hombre es una persona, es un ser en relación, entonces, nos dice Wojtyła, además de este autoconocimiento que emana de la propia experiencia al experimentarse a sí mismo, forma parte del conocimiento del hombre la experiencia de los demás hombres, al intercambiar con ellos los resultados de la misma, habida cuenta de que este tipo de experiencias son diversas a las que el hombre realiza para sí mismo. Ya que en una el hombre se experimenta a sí mismo, su propio yo, en cambio en la otra, el hombre experimenta al otro hombre. Es posible deducir que en el primer tipo de experiencia la misma es percibida y aprehendida de modo más profundo que la del segundo tipo.

Teniendo en cuenta la metodología filosófica de Wojtyła, su criterio es siempre partir de la experiencia subjetiva para llegar a la objetividad antropológica. En *Persona y Acción* aclara que el estudio de la acción no tiene una intención ética sino antropológica, es decir, poder comprender al hombre que en la experiencia se devela.

---

<sup>29</sup> *Ibíd.* pp. 229-230.

En esta comprensión intelectual el conocimiento del hombre se enriquece producto de la experiencia de otros y la experiencia de sí mismo. Pudiendo ser la experiencia propia y la de los otros, objeto de nuestro conocimiento, dicho conocimiento tiene un carácter empírico e intelectual.

Es para Karol Wojtyła una convicción personal y filosófica la radicalidad de la experiencia como fuente de progreso en el conocimiento del hombre, y por tanto de su propio pensamiento filosófico y teológico.

Es así que, tomando como punto de partida la experiencia de “el hombre actúa” e incorporando la lógica de lo que al hombre le sucede, pretende superar la concepción aristotélico-tomista de lo real, que presenta un esquema de pensamiento en cascada que comienza en la metafísica, se sigue una teoría del conocimiento para acabar en una ética; cuyo planteamiento significa que la ética depende de la metafísica.

Nuestro autor no se queda en la simple experiencia, pues a través de ella el hombre puede trascender lo dado en la experiencia, entendiendo este trascender como un esfuerzo por penetrar cognoscitivamente en toda la esencia. De este modo puede comprender no sólo la estructura subjetiva de la experiencia por su naturaleza, sino también su vínculo estructural con la subjetividad del hombre. Es a través de la experiencia, captada mediante el análisis fenomenológico, que podremos captar la riqueza propia del ser humano en toda la complejidad del compuesto humano.

Siguiendo palabras del Papa Juan Pablo II en *Cruzando el umbral de la esperanza*, nos dice: “Nadie se sorprende por el hecho de que el conocimiento humano sea, inicialmente, un conocimiento sensorial. Ningún clásico de la filosofía, ni Platón ni Aristóteles, lo ponía en duda. El realismo cognoscitivo (tanto el llamado realismo ingenuo como el realismo crítico) afirma que nada hay en el entendimiento que primero no haya estado en los sentidos. Sin embargo, los límites de tal sentido no son exclusivamente sensoriales. El hombre conoce verdades extrasensoriales o, en otras palabras, transempíricas. No se puede afirmar que lo que es transempírico deje de ser empírico”<sup>30</sup>.

Profundizando este punto de partida, la experiencia, para conocer al hombre en su esencia, nos permite descubrir que el hecho de la experiencia no es puesto por el sujeto, sino que le es dado: la experiencia “el hombre actúa” es un dato de experiencia puesto ante el sujeto cognoscente.

---

<sup>30</sup> Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*; op. cit., p. 28.

De este dato dado en la experiencia “el hombre actúa” tenemos un conocimiento inmediato, debido a esa relación directa entre el sujeto que conoce y el objeto conocido; pero esta inmediatez no anula la diferencia entre el acto intelectual y el acto sensible.

El contenido de la experiencia pone de manifiesto una evidencia: primero, la esencial capacidad de un objeto por darse a conocer, es decir, revelarse; y segundo, que la evidencia de que el hombre actúa, se confirma en la experiencia, en su contenido.

Por lo cual podemos concluir que es la misma experiencia la que da cuentas de la comprensión del hecho “el hombre actúa”.

La aprehensión de la persona, vale decir, la posibilidad de una intuición intelectual de la persona que nos abre a la experiencia de realizarse por medio de la acción. Pero específicamente permiten acceder al conocimiento de la persona porque estas acciones poseen un valor moral, vale decir, las acciones pueden ser buenas o malas, tema que profundizaremos más adelante.

Lo que intenta nuestro autor es mostrar cómo el hombre se realiza a sí mismo mediante la acción que se hace objetiva en la experiencia, así nos dice: “En la experiencia, los actos y los sentimientos se manifiestan en su nexos más profundo con el propio “yo”, y se revela también toda la estructura personal de la autodeterminación en la cual el hombre encuentra el propio yo como aquel que se posee y tiene dominio de sí”<sup>31</sup>. Es aquí donde percibimos que son el poseerse y el dominarse como dinamismos de la conciencia que hace de la persona alguien responsable. Así nos aclara: “De este modo el hombre se revela a sí mismo en sus actos, en las decisiones interiores de la conciencia: se revela a sí mismo como aquel que continuamente se es dado a sí mismo como tarea, que debe confirmar, verificar y en cierto sentido ‘conquistar’ la estructura dinámica del propio yo que le es dada como ‘autoposición’ y autodomínio. En la experiencia de autoposición y de autodomínio el hombre experimenta el hecho de ser persona y de ser sujeto”<sup>32</sup>.

Wojtyla se propone estudiar y comprender a la persona a través de la acción. Así en *Persona y Acción* toma como punto de partida el acto humano, la acción, que presenta una valoración moral, es decir, la vivencia ética del hombre, haciendo que parezca más un tratado de ética que de antropología.

Dice en *Persona y Acción*: “cuando hablamos de la experiencia del hombre, nos referimos ante todo al hecho de que el hombre se dirige cognoscitivamente hacia sí mismo; es

---

<sup>31</sup> Wojtyla, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., p. 35.

<sup>32</sup> *Ibíd.*

decir, establece un contacto cognoscitivo consigo”<sup>33</sup>. Es que a partir de la observación de la acción podemos remitirnos, intelectualmente, a la realidad objetiva que estamos estudiando.

La experiencia no se limita a la observación de contenidos puramente sensibles, sino que comprende la estructura y el contenido de tal observación. Y esta estructura adquiere una dimensión especial en la experiencia de la moralidad del hombre, desde donde se extrae el contenido esencial del objeto de estudio. Analizando su conciencia y su autoconciencia, como facultades que se manifiestan exclusivamente en la experiencia, y en la experiencia moral, nos dice en *Persona y Acción*: “La experiencia de la moralidad debe interesarnos de manera particular, ya que los valores morales -bien y mal- no solo determinan la propiedad interior de los actos humanos, sino que poseen en sí la capacidad de que el hombre llegue a ser él mismo bueno o malo en cuanto persona a través de sus actos moralmente buenos o malos”<sup>34</sup>. En el valor absoluto que caracteriza a los valores morales redonda la importancia de su consideración si nos interesa comprender qué es la persona para Wojtyla.

El hombre vive y sufre la experiencia de sí mismo a través de la moralidad, que constituye un particular fundamento para la comprensión del carácter humano de dicha experiencia. Es un fundamento particular porque manifiesta los dinamismos de las personas en sus distintos niveles, así nos lo hace saber Wojtyla: “El nivel que la experiencia de la moralidad pone de algún modo en el primer puesto es el bien y el mal moral como estado de la persona o de la sociedad (nivel axiológico). Pero este bien o mal moral se manifiesta siempre en actos (nivel praxiológico). Cuando consideramos la acción del hombre tanto en una dimensión estrictamente personal (el hombre obra) como en la dimensión comunitaria (el hombre obra junto a otros hombres) debemos mirar siempre al deber moral como momento constitutivo de todo hecho moral (nivel deontológico)”<sup>35</sup>.

Es en la experiencia donde el hombre se manifiesta como un *suppositum* particular, entendiendo este concepto como la subjetividad en sentido metafísico, vale decir, subjetividad metafísica en tanto que supuesto como expresión transfenoménica, término que Wojtyla aclara así: “Transfenoménico: a través de los fenómenos que concurren en la experiencia para formar la totalidad del hombre como aquél que existe y actúa, nosotros vislumbramos el sujeto de este existir y de este obrar.”<sup>36</sup>. Es propio de la experiencia su carácter de objetividad,

---

<sup>33</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., 31.

<sup>34</sup> *Ibíd.* p. 44.

<sup>35</sup> Wojtyla, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., pp. 224-225.

<sup>36</sup> *Ibíd.* p. 49.

porque la experiencia es siempre experiencia “de algo” y “de alguien”. En ella el hombre nos es dado como aquel que existe y obra. Y tal hombre es al mismo tiempo un yo.

Construyendo la imagen de la experiencia de ser hombre alcanzaré muchas cosas de la experiencia de mi “yo”, pero nunca separadamente de los otros o en contraposición a ellos.

Si el obrar sigue al ser, necesariamente es a través del obrar del hombre que vamos a conocerlo de la manera más apropiada. En la experiencia es donde se devela la realidad de persona que actúa, de ello se genera la necesidad de explicarla y es ella la que proporciona los elementos para realizarlo. Así, la experiencia, en su reducción<sup>37</sup>, permite al entendimiento extraer, explicar e interpretar de la oscuridad de la acción el conocimiento de la persona de modo más pleno y universal.

Si estableciéramos como punto de partida de la antropología una explicación y comprensión de la persona a partir de su definición esencial, tal concepción de la persona sería desde una perspectiva objetivista, cuyo significado se desprende de su esencia ya formulada. Pero de este modo pareciera que no hay lugar para el análisis de la conciencia y de la autoconciencia, como manifestaciones específicas de la persona-sujeto. Desde este enfoque, ésta dicta las normas generales y la ética la aplica.

Wojtyla no aceptaría tal planteamiento y lo justifica precisamente recurriendo a la experiencia moral. Si la ética es reflexión sobre esta experiencia, es al mismo tiempo e inevitablemente autónoma (lo cual no debe entenderse o interpretarse como independiente), puesto que no necesita de otra ciencia para acceder a su punto de partida.

Sabemos que la existencia es un bien y es impensable que algún ente pueda estar privado de la misma. Pero, ¿cómo es que nos damos cuenta de que la existencia es un bien? La conclusión lógica es muy simple, pues porque vemos cosas, y las cosas que vemos las captamos porque cada una actualiza su esencia en el acto de existir que le da el ser. Para nuestro autor no podemos pensar al hombre como una cosa, porque no es algo, sino más bien alguien, pero presenta las mismas categorías de la cosa respecto a su existencia. De aquí que sea necesario comenzar por la experiencia. En el caso que nos ocupa, por la experiencia del hombre, de este hombre concreto; porque toda obra sigue al ser y cada ente obra según su naturaleza. Es por ello que Wojtyla parte del análisis de la acción para alcanzar al final una definición de la naturaleza humana. Confirmamos frente a este planteamiento que nuestro

---

<sup>37</sup> Entiende Wojtyla por reducción: reducir, equivale a “extraer”: extraer desde los argumentos o principios adecuados, o de otro modo: explicar, aclarar, interpretar. Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*. op. cit., p. 50.

filósofo sostiene como punto de partida el pensamiento aristotélico-tomista, complementado con el método fenomenológico, como lo expresó Graziano Borgonovo: “Desde el momento en que en el horizonte cognoscitivo del hombre se da también una experiencia integral y globalizadora de sí mismo, del mundo y de otro hombre, como referida a sí mismo, es indispensable situarse en el punto de vista de una fundamentación fenomenológica de la antropología”<sup>38</sup>. Así reconocía esta vertiente fenomenológica en el pensamiento wojtyliano que le permite alcanzar, por medio de la acción, la naturaleza de la persona.

## ***2. Naturaleza***

### *2.1. Introducción*

Cuando nos preguntamos por la naturaleza y de modo especial por la naturaleza humana estamos preguntándonos por el hombre, lo que significa ser una persona.

A lo largo de la historia, este concepto de naturaleza ha tenido una significación acorde al contexto en el que se iba utilizando y el acercamiento al conocimiento del hombre que la filosofía ha ido madurando, incluso alcanzando en la modernidad este concepto de naturaleza una referencialidad sólo aplicable a lo que no es el hombre.

Sin embargo, va a ser un término necesario si queremos definir el concepto de persona en Karol Wojtyla, pues en su interés por acercarse al conocimiento de la persona, teniendo como punto de partida la experiencia, la concepción aristotélica o clásica de naturaleza va a ser asumida sin dificultad, en tanto expresa aquello común a todo hombre, aunque le resulte limitada para referirla a la persona que se manifiesta en dicha experiencia.

De tal manera para poder expresar lo que Wojtyla entiende por naturaleza es necesario remitirnos a la concepción moderna de naturaleza, porque desde aquella concepción clásica ha transcurrido un largo y rico recorrido del que nuestro autor no se ha mantenido al margen, sino muy por el contrario, en su capacidad de escucha, de formación académica y, sobre todo, su capacidad de leer la realidad, ha podido combinar aquella tradición clásica con los aportes de las distintas corrientes de pensamiento existentes en su entorno intelectual:

---

<sup>38</sup> Borgonovo, G.: *Método fenomenológico y personalismo filosófico en algunos escritos prepontificales de Karol Wojtyla. El Primado de la persona en la moral contemporánea*. XVII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra / edición dirigida por Augusto Sarmiento... [et al.]. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1997. pp. 123-141. <https://hdl.handle.net/10171/5536>.

fenomenología, existencialismo, personalismo, sólo por nombrar algunas, que le han permitido elaborar, una concepción de naturaleza humana de modo original.

Concepción que aquí expondré partiendo desde un recorrido histórico hasta alcanzar su originalidad conceptual.

## 2.2. Desarrollo histórico

Si bien el concepto naturaleza tiene su origen griego, viene del latín *natura* que es una traducción del griego *physis*. Etimológicamente hablando, significa nacer, brotar, surgir, producir, crecer, etc. pues para los griegos preguntarse por la naturaleza era preguntarse por el origen y sentido de lo real, que podemos ejemplificar con el principio o arjé de los presocráticos.

Siguiendo lo que expresa Mariano Artigas<sup>39</sup>, podemos distinguir en el sustantivo naturaleza dos sentidos principales, uno metafísico y el otro físico. En la primera acepción, sentido metafísico, hablamos de la naturaleza de algo, que indicaría lo característico de ese algo, lo que le pertenece de tal modo que sirve para distinguirlo de los demás. Que no se limita a lo físico, por eso nos referimos a la naturaleza en sentido metafísico, por esa posibilidad de aplicarse además de a lo físico, material, corpóreo, a lo que es espiritual y a lo que es sobrenatural.

La segunda acepción de naturaleza es el conjunto de lo que existe y que posee en su interior una fuerza originaria y dinámica que genera el maravilloso flujo de la materia y de la vida que el hombre puede contemplar<sup>40</sup>. A este segundo significado podemos aplicar todo cuanto existe, el cosmos, las plantas, los animales e incluso el hombre, pues forma parte de este mundo existente; aunque para el pensamiento griego clásico esta distinción, mundo físico-hombre, no existía.

Siguiendo con Mariano Artigas, el término natural puede designar varias cosas: natural como aquello que es espontáneo, que responde a un principio interior; natural como distinto de lo artificial; natural como distinto de espiritual; y natural como distinto de lo sobrenatural<sup>41</sup>.

---

<sup>39</sup> Artigas, Mariano: *Filosofía de la Naturaleza*. Ed. EUNSA. Navarra, 2003 p 39.

<sup>40</sup> Burgos, Juan Manuel: *Repensar la naturaleza humana*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2007, p. 19.

<sup>41</sup> Cfr. Artigas, Mariano: *Filosofía de la Naturaleza*; op. cit., p 39.



Ejemplificando lo anterior, el hombre tiene acceso a esa naturaleza desde fuera, como aquel que contempla lo dado, que puede tener experiencia de ella, e incluso puede manipularlo, puede intervenir en ella, de tal modo que genere una humanización de lo natural en función del señorío que tiene el hombre frente a lo dado o, incluso, por su deseo de dominio absoluto y olvidando su “señorío” sobre lo dado puede alcanzar una destrucción de lo natural dado y de la propia vida humana. Lo que ha generado en nuestro tiempo, por necesidad, una mentalidad ecológica para defender a esa naturaleza del desprecio del hombre. Podemos decir que la naturaleza es el mundo de lo dado, de lo estable y lo definido.

Haciendo un poco de historia, Aristóteles define la naturaleza como aquella sustancia o esencia corpórea en cuanto principio de operaciones: “Todas estas cosas parecen diferenciarse de las que no están constituidas por naturaleza, porque cada una de ellas tiene el principio de movimiento y de reposo, sea con respecto al lugar o al aumento o a la disminución o a la alteración”<sup>42</sup>, cuya característica fundamental, podemos decir, es el principio teleológico que las constituye como causa final: “Así pues, ya que se piensa que las cosas suceden o por coincidencia o por un fin, y puesto que no es posible que sucedan o por coincidencia o por un fin, y puesto que no es posible que sucedan por coincidencia ni que se deban a la casualidad, sucederán entonces por un fin. Ahora bien, todas estas cosas y otras similares son por naturaleza, como lo admitirían los que mantienen la anterior argumentación. Luego en las cosas que llegan a ser y son por naturaleza hay una causa final”<sup>43</sup>. Es decir, cada sustancia tiene un comportamiento necesario hacia un *télos*, una finalidad.

Según el pensamiento aristotélico, y teniendo en cuenta su definición metafísica de naturaleza, como esencia de una cosa en cuanto principio de operaciones, es posible que también lo podamos aplicar al hombre, ya que es propio del hombre o son propias de su modo de ser, la razón y la libertad, por lo cual podemos incluirlas dentro de sus operaciones.

Dentro de esta naturaleza humana, según esta acepción aristotélica, existen en el hombre dinamismos específicos que la hacen actuar para alcanzar el fin que le es propio según su naturaleza, por el hecho de ser hombre. Si el hombre es racional y libre, las acciones que lo perfeccionan tienen que responder a esos principios naturales, por ejemplo, no sería natural que el hombre se dejara manejar por sus impulsos o deseos, sino más bien, éstos deben estar ordenados según la razón.

---

<sup>42</sup> Aristóteles: *Física*; 192b 15.

<sup>43</sup> *Ibíd.* 199a 5.

En el cristianismo, el concepto de naturaleza está desacralizado, ya que es una creación de Dios. Pero al hablar del hombre, se aplica el concepto de naturaleza humana como esencia corpórea en cuanto principio de operaciones, y lo propio del hombre sería la razón, la voluntad y la libertad. Como sabemos, durante muchos siglos la filosofía y la teología cristianas continuaron casi sin cambios la línea del aristotelismo sosteniendo esta definición clásica de naturaleza humana.

En la modernidad, con el advenimiento del pensamiento racionalista, el paradigma se traslada hacia una valoración mayor del sujeto, un sujeto que fundamentalmente piensa, de donde el eternamente controvertido “pienso, luego existo” de Descartes.

La primacía del sujeto en la modernidad es debida a la confianza optimista en la razón, cuya característica es la acción del hombre sobre la naturaleza para transformar lo dado mediante los instrumentos por él creados; así el hombre comienza a erigirse en medida de todas las cosas, logrando una autoafirmación desconocida hasta entonces. Podemos decir que es la autonomía el rasgo distintivo de esta subjetividad que se va afianzando.

Es en este tiempo moderno que el concepto de naturaleza se va a contraponer al concepto de hombre. No se va a negar la base biológica de la constitución humana, pero lo específicamente humano no será la naturaleza, sino lo que la supera, como son la libertad, las obras, es decir, la cultura.

Por tanto, el hombre no tiene naturaleza, posee una parte material y una biológica, pero lo que lo constituye en cuanto tal es su aspecto libre y racional que no posee límites, que evoluciona constantemente y está en continua construcción.

En la actualidad, por influencia del pensamiento existencialista, de vertiente heideggeriana y sartreana, la naturaleza sólo hace referencia a lo que se rige por leyes naturales establecidas, no corresponde al hombre esta referencia, ya que el hombre es un existente que se va definiendo a través de sus decisiones libres, por lo que es un ser arrojado a la existencia para que en su deliberación puede determinarse y así definirse a sí mismo.

Al preguntarnos por la categoría de naturaleza queremos expresar aquello que se nos devela por medio de la experiencia, y a través de ella percibimos sensiblemente que todo ser, incluso el hombre, posee un modo de ser esencial, sin el cual difícilmente podríamos definir qué es el hombre y su identidad respecto a las demás naturalezas existentes que nos rodean. Cada cosa existente posee una naturaleza que le es propia y que las distingue de las demás.

### 2.3. La categoría naturaleza en Wojtyla

En su interés conciliador, y haciendo eco de su capacidad de síntesis del espíritu de su tiempo, Karol Wojtyla nos expresa en un texto del año 1970, llamado *La Persona humana y el derecho Natural*:

“Si comparamos estas dos realidades, por un lado, la noción de persona y, por otra, la noción de naturaleza, debemos darnos cuenta de que hay al menos dos significados de la noción de naturaleza. En la escuela tomista, en la escuela de la filosofía perenne, estamos acostumbrados a entender exclusivamente la naturaleza en sentido metafísico, es decir, como sustancia de una cosa tomada como principio de toda actuación de la misma cosa [...] Otro, sin duda será el significado que atribuyen a esta noción los fenomenalistas, pero quizá también los fenomenólogos. Se puede decir que, desde su punto de vista, la naturaleza es como el sujeto de una actualización instintiva. Tiene por tanto, un significado más estricto y limitado. Si decimos que algo sucede por naturaleza, subrayamos inmediatamente que eso ocurre, que se actualiza y no que alguien realiza un acto, que alguien actúa. En un cierto sentido, la naturaleza según este último significado excluye a la persona como sujeto activo, es decir, como autor del acto”<sup>44</sup>.

Wojtyla acepta como supuesto que el término naturaleza proviene del verbo latino que tiene que ver con el nacimiento, sosteniendo que el significado de naturaleza es todo aquello que va a nacer o también lo que se encuentra incluido en el hecho mismo del nacimiento como su posible consecuencia<sup>45</sup>. Así dice en su artículo *Naturaleza y Perfección*: “Por eso es necesario aclarar que en la filosofía tomista (naturaleza) significa simplemente la esencia de un determinado ser, cuando ésta se concibe como base de toda actividad de aquel ser”<sup>46</sup>.

En las definiciones que tomamos de la naturaleza del hombre, la razón humana hace a su diferencia específica, que continuamente se encuentra frente a la realidad objetiva y debe comprenderla hasta el fondo y releerla. Esta razón es parte de la naturaleza, no está ni encima ni fuera de la naturaleza. Pero en la comprensión que Wojtyla tiene de naturaleza y, más precisamente, de naturaleza humana, no basta dirigirse sólo a la razón humana para definirla.

---

<sup>44</sup> Wojtyla, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. Edición de Juan Manuel Burgos y Alejandro Burgos. Trad. Pilar Ferrer. Madrid: Ediciones Palabra, 2005, pp. 353-354.

<sup>45</sup> Cfr. Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*. op. cit., p. 132.

<sup>46</sup> Wojtyla, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. op. cit., p. 44.

La naturaleza en un sentido metafísico, tradicional, como dijimos más arriba, es la esencia de una determinada cosa, tomada como origen de toda actualización, donde, obviamente, con la palabra “toda” se excluye cualquier limitación. La naturaleza es la que nos permite conocer al hombre en tanto persona. Pues no hay duda que a un ser racional, como lo es el hombre, le corresponde como actividad, actuar racionalmente. Pero agrega Wojtyla:

“La acción actualiza la esencia de un determinado ser: aquello que en él está sólo de modo posible, potencialmente, se hace realidad, llega a ser real. La realización de todo aquello que un ser concreto tiene en sí como posibilidad, constituye, por naturaleza, su fin: corresponde, en efecto, a la naturaleza, y por eso contribuye a despertar las aspiraciones y la actividad de aquel determinado ser. El ser obra y se hace más él mismo. En este proceso de ser más uno mismo se encierra el bien fundamental de cada ser. El bien es todo lo que provoca las tendencias. Con el fin de llegar a ser siempre cada vez más uno mismo, un determinado ser que actúa se dirige hacia los otros seres que considera como bienes de distinto modo, según lo exige su propia naturaleza, según lo permiten también las naturalezas de los otros seres. De este modo a través de la tendencia y de la acción, se realiza en cada ser el proceso de perfeccionamiento”<sup>47</sup>.

Así, en el hombre, la naturaleza no sólo se refiere al sujeto que actúa, sino también al modo en que la acción emana de dicho sujeto, su acción es también parte de su naturaleza.

La naturaleza se revela cuando el hombre manifiesta, actualiza, ese dinamismo, por ende la acción actualiza aquello por lo que el hombre es persona. Pero también forma parte de esa naturaleza aquello que sucede en el hombre, del cual el mismo no tiene operatividad, no tiene control, no tiene la posibilidad de controlar su dinamismo, sin embargo es lo que acontece en él.

Este proceso de perfeccionamiento acontece en el hombre mediante diversos bienes: mientras algunos bienes perfeccionan su organismo, otros perfeccionan su entendimiento. Pero es el bien moral el que lo perfecciona en cuanto hombre; gracias al bien moral el hombre se hace simplemente un hombre mejor, hace actual la posibilidad que en él existe de ser tal. Es por el hecho de la autodeterminación que acontece en la elección del bien moral, por el que la persona va definiendo su propia personalidad, su ser “sí mismo”. Expresa Wojtyla “solamente el bien moral perfecciona al ser humano, a su humanidad: gracias a él el hombre

---

<sup>47</sup> Ibíd. p. 45.

se hace simplemente un hombre mejor, hace efectiva la posibilidad que en él existe de ser tal”<sup>48</sup>.

Así nos hace saber Wojtyla en un artículo titulado “La Persona: Sujeto y Comunidad”: “El supuesto humano debe manifestarse como yo humano, la subjetividad metafísica como subjetividad personal. [...] El hombre es por naturaleza persona. Y también por naturaleza le atañe la subjetividad propia de la persona”<sup>49</sup>. Podemos decir que la naturaleza humana permite que el hombre por su existencia y por su acción, sea persona.

Entre la versión clásica o aristotélica y la moderna o culturalista, Wojtyla intenta hacer una conciliación recurriendo al concepto de persona, pues al significado clásico de naturaleza es posible acudir en una primera instancia, pero no sería suficiente, porque allí nos encontramos con lo común al dinamismo de todos los hombres. Ahora bien, como cada persona es singular e irrepetible, su dinamicidad también debe ser singular e irrepetible y para justificarla debemos recurrir a su ser personal.

### ***3. Evolución histórica del concepto de persona***

Para alcanzar lo pretendido en este trabajo sobre la persona humana en el pensamiento de Karol Wojtyla, hemos ido definiendo algunos pilares que nos van a permitir modelar la conclusión final; de esta manera, ahora nos introduciremos, a modo de síntesis, en la evolución histórica que ha tenido el concepto de persona a lo largo de la historia. A pesar de no ser el objetivo de nuestro trabajo, creemos necesario tener como suelo un recorrido de la evolución del mismo para lo cual nos hemos valido de algunos autores que han realizado esta tarea a lo largo de la historia, tales como Ruiz de la Peña, Butirica Zuluaga, Ferrater Mora, Larroyo, Zavala Olalde y Gustavo Bueno.

Muchos coinciden en afirmar que el pensamiento griego no conoció ni el término ni el concepto de persona. Esto se debió probablemente al primado que ejercieron en la filosofía griega la idea de naturaleza y las cualidades de lo inmutable, universal e intemporal, como distintivas del ser más auténtico y real. Se ve la individuación como degradación de la unidad originaria; y lo temporal, como manifestación accidental de lo universal, eternamente idéntico a sí mismo. No se reconoce al hombre su valor como realidad única e irrepetible. En la

---

<sup>48</sup> *Ibíd.* p. 46.

<sup>49</sup> Wojtyla, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., p. 53.

terminología antropológica griega se privilegian las categorías de esencia (ousía), sustancia (hipóstasis) y naturaleza (fisis).

Para ejemplificar tomaremos un autor importante del pensamiento griego, Aristóteles, como aquél que logra la síntesis de dicho pensamiento. Expresamos así que su preocupación antropológica giró en torno a la constitución metafísica del hombre en cuanto sustancia compuesta de cuerpo y alma, afirmando Aristóteles en *De Anima*: “Queda pues dicho en general qué es el alma: una sustancia en el sentido de la definición de una cosa. Es lo que constituye la esencia de un determinado cuerpo [...] de un cuerpo natural determinado que tiene en sí el principio del movimiento y de la quietud”<sup>50</sup>. El hombre además es sujeto de acciones éticas por medio de las cuales tiende a su fin, la felicidad; así nos dice Aristóteles en la *Ética Nicomaquea*: “Pero en toda acción, en toda determinación moral, el bien es el fin mismo que se busca, y siempre, en vista de este fin, se hace constantemente todo lo demás”<sup>51</sup>. Además entiende al hombre como animal político, así lo entiende en *La Política*: “A partir de esto es evidente que la ciudad está entre las cosas que son por naturaleza y que el hombre es por naturaleza animal político[...]”<sup>52</sup>.

En el pensamiento antropológico griego el centro estaba en el alma y la preparación para su destino, así los pitagóricos enseñaban que el alma era el hombre. Entendían el tiempo del hombre y su historia de modo cíclico y un repetirse indefinido de hechos y acontecimientos. Con Heráclito y también Parménides el hombre es un ser pensante. Con Sócrates el hombre es un ser racional, práctico y ético. Lo importante giraba en torno a lo universal y abstracto, pero también el hombre era quien habitaba el universo de un modo distinto a las otras realidades, se sabía ser social, político y moral.

Otro espacio que nos permitirá configurar el concepto de persona que nos convoca, son las Sagradas Escrituras. En ella, propiamente, no se emplea el término “persona”, según Ruiz de la Peña, sino que se describe al hombre por medio de una triple relación: relación de dependencia frente a Dios; relación de superioridad frente al mundo y relación de igualdad

---

<sup>50</sup> Aristóteles: *Tratado del Alma*. Trad. A. Ennis S.I.. Ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1944; L2 412a-424b.

<sup>51</sup> Aristóteles: *Ética Nicomaquea*. Trad. P. de Azcarate, Ed. Lozada, Buenos Aires 2007, p. 22

<sup>52</sup> Aristóteles: *Política*. Trad. Santa Cruz y Crespo, Ed. Lozada, Buenos Aires 2007, 1253a 1-3.

frente al tú humano. Esta triple relación frente a Dios, al mundo y a los otros, hace del hombre bíblico un ser relacional. De las tres relaciones, la más destacada es la teológica<sup>53</sup>.

Siguiendo un artículo de Diego Butirica Zuluaga<sup>54</sup> en donde elabora una evolución del concepto de persona, nos dice que el término fue introducido por el estoicismo popular con el significado de máscara, en el sentido de rol. Así el término “prosopon”, es una expresión que viene del teatro dramático griego, que indicaría la máscara que escondía el rostro del actor y hacía resonar la voz más fuerte.

Fue en ocasión de los debates teológicos sobre el misterio de la Trinidad cuando se planteó por primera vez explícitamente el problema de la distinción entre esencia o naturaleza y persona o sujeto. En la Trinidad, la única naturaleza divina se realiza en tres sujetos distintos. Lo que constituye a los sujetos divinos no es la naturaleza (el ‘esse in’), común y única, sino la relación (el ‘esse ad). La Persona consiste en la relación (de paternidad, de filiación, de aspiración). En Dios la relación no es un simple accidente sino que constituye la realidad suprema que son las tres Personas divinas. La sustancia o esencia divina puede comunicarse sin que las Personas pierdan lo comunicado.

De esta manera fue notorio que el concepto de persona adquiriera resonancia y mayor profundidad con el advenimiento de las disputas trinitarias, de modo especial respecto a los fundamentos cristológicos, donde aparecen conceptos tales como ‘hipóstasis’ o ‘prósopon’ para referirse a las personas divinas.

Nos encontramos en los primeros siglos donde se trazan los fundamentos de la cristología clásica que se consolidarán entre los siglos III y IV, con los aportes de los Padres de la Iglesia y las definiciones propuestas en los concilios, especialmente el de Nicea, Éfeso, Calcedonia y Constantinopla II.

En el Concilio de Nicea (año 325) se define la total divinidad del Hijo, que se proclama contra el arrianismo. Los anatemas del Concilio de Éfeso (año 431), redactados por Cirilo de Alejandría, afirma la unión del Verbo con la carne, según hipóstasis. Utiliza indistintamente los términos hipóstasis y prosopon: una persona y dos hipóstasis<sup>55</sup>. Y fue en el Concilio de

---

<sup>53</sup> Cfr. Ruiz de la Peña, Juan L.: *Imagen de Dios-Antropología teológica fundamental*. Madrid: Ed. Sal Terrae. 1988, pp.153-166.

<sup>54</sup> Butirica Zuluaga, D.: *El concepto de persona humana en la tradición cristiana y su progresión hasta el personalismo*. Cuestiones teológicas, Vol. 41, No. 96, Julio-Diciembre, 2014, pp. 467-493.

<sup>55</sup> Denzinger, H - Hünermann, P. *El magisterio de la iglesia: enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*; loc. cit., p. 115.

Calcedonia (451) donde se define que en Jesucristo hay una sola persona (hipóstasis) y dos naturalezas (la divina y la humana)<sup>56</sup>. Lo que agrega el Concilio de Constantinopla II (año 553), para evitar el monofisismo, es que las dos voluntades en Cristo, son correspondientes a las dos naturalezas<sup>57</sup>.

En las doctrinas trinitarias hipóstasis y prósopon, en tanto que expresan un quien, se distinguían de la physis que expresa el qué o la cosa. “Porque a partir de los capadocios se había empleado en la doctrina trinitaria la formula ‘tres prosopa’ o hipóstasis, pero una physis. Padre, Hijo y Espíritu Santo son iguales y una solo cosa en cuanto que son un solo ‘qué’ -Dios- por lo que respecta a su physis. Pero son, al mismo tiempo, tres quienes reales y no solo tres figuras o denominaciones del mismo y único Dios”<sup>58</sup>.

El hombre, según lo expresa el Génesis, ha sido creado a imagen de Dios: “Creó, pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó”<sup>59</sup>. Ha creado al hombre con la capacidad de escuchar y responder. Creado por Dios “a imagen suya”, lo crea como estructura dialogante, ser responsorial, comunicativo y capaz de autodonación, ser relacional, y, por tanto, persona. Como nos dice Ruiz de la Peña: “[...] la categoría imagen de Dios incluye una relación recíproca: no es sólo el hombre el que con ella queda referido a Dios; es el propio Dios quien, de esta suerte, se autorremite al hombre”<sup>60</sup>.

Como podemos apreciar es la relación lo que distingue y personaliza a las Personas divinas. Pero, según la doctrina clásica de la persona iniciada por Boecio y perfeccionada por Tomás de Aquino, la relación está excluida como constitutivo ontológico de la persona humana. En el hombre la relación es accidente, porque así lo afirmaba la explicación metafísica aristotélico-tomista de la sustancia<sup>61</sup>. Pero en Dios, las relaciones son subsistentes.

---

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 148.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 291.

<sup>58</sup> Casas, Froylán: *Desarrollo de la Doctrina Cristológica en la historia de los Dogmas hasta nuestros días*. Revista Teológica Xaveriana, n° 54, 1980, pp. 93-118 (<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/teoxaveriana>).

<sup>59</sup> Génesis 1,27.

<sup>60</sup> Ruiz de la Peña, Juan L.: *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*; op. cit., p. 45.

<sup>61</sup> “Pero como se demostró anteriormente (q. 28 a.2), así como en las cosas creadas las relaciones son accidentales, en Dios son la misma esencia Divina. De eso se deduce que en Dios no son distintas realmente la esencia y la persona; y, sin embargo, las personas se distinguen entre sí realmente. Pues la persona, como se dijo (q.29 a.4), indica la relación en cuanto que subsiste en la naturaleza divina. Así, la relación, con respecto a la esencia, no se distingue realmente, sino que mantiene sólo distinción de razón; pero con respecto a la relación



La noción de relación que referimos a la persona está tomada analógicamente, afirmando esto dentro del contexto del pensamiento tomista, al cual hacemos referencia en este párrafo.

El debate teológico sobre el misterio cristológico confirmó la distinción entre naturaleza y persona. La realidad humana de Cristo es completa en la línea de la naturaleza sin que por ello exista persona humana en Cristo. La única Persona en Cristo es el Verbo que se hizo carne. Por ejemplo, el Concilio de Calcedonia utiliza, para designar la persona, los términos “prósopon” e “hipóstasis” indistintamente.

Justino, apologista cristiano del siglo I, leyendo los relatos de la creación y algunos salmos descubre el uso de roles o prosopas, en algunos pasajes, en los cuales Dios habla en plural, y, más que un artificio literario, parecería manifestar allí una existencia real del rol. Justino describió a la persona desde el punto de vista jurídico, distinguiéndola de las cosas y del esclavo. Sólo el hombre libre, que puede disponer de sí, es ser personal.

San Agustín de Hipona, uno de los grandes teólogos del cristianismo del siglo IV, considera el término persona como un vocablo usado para decir qué es la trinidad. En la obra *De Trinitate* reflexiona sobre el sentido teológico de persona básicamente como relación, capacidad de apertura y diálogo. Lo propio de la persona es para Agustín lo relacional y lo relativo, que une al Padre con el Hijo y con el Espíritu Santo. El diálogo es otro componente en la noción de persona en Agustín, tanto con el tú individual como con el tú trascendente, es decir, con Dios.

El primer intento de acuñar una definición precisa de persona se debe a Boecio (siglo VI), que en su obra *Liber de Persona et duabus naturis contra Euthyquem et Nestorium ad Joannen Diaconum Ecclesiae Romanae* define a la persona como un “sustancia individual de naturaleza racional”. O sea: sustancia imparticipable caracterizada por la racionalidad. Es posible mencionar que en dicha “racionalidad”, que especifica al hombre, que hace a lo peculiar del mismo, se incluye potencialmente lo relacional, aunque podríamos suponerlo en un lugar secundario, como un supuesto por el hecho de la racionalidad. Así también es de notar que en dicha definición boeciana tampoco esté presente la corporeidad, ya que, al menos explícitamente, no está mencionada, aunque sabemos que al hablar de sustancia individual estamos suponiendo la corporeidad o la materia individual de cualquier sustancia primera, es decir, hilemórfica.

---

opuesta y en virtud de la misma oposición, mantiene distinción real. Por lo tanto, permanece una esencia y tres personas”. (S.Th. q 39 a. 1).

Podemos comprender en estas pocas líneas, y sin intención de dar por acabado este esbozo del primitivo concepto de persona, que las definiciones medievales han puesto el acento en lo sustancial por sobre lo relacional. La pretensión que tenían era, ante todo, poder diferenciar al hombre de los animales y de las cosas y dotar a la persona de una consistencia propia. Merece en tal sentido reconocer como marco referencial ciertas críticas contemporáneas al trasfondo de la categoría de “relación”, como nos lo hace saber Carlos Díaz: “Tomás (de Aquino) afirma enfáticamente que lo que distingue y personaliza a las personas divinas es precisamente la relación. Pero no ocurre lo mismo con las criaturas; en éstas, el principio diversificador, la individuación, procede no de la relación, sino de la materia signata quantitate (materia cuantificada). De donde se sigue que, ‘aunque en la significación de la persona divina se contenga la relación’, ésta no se incluye ‘en la significación de la persona angélica o humana’ (S.T. I, q.29, a.4 ad 4)”<sup>62</sup>. Es preciso subrayar lo afirmado por Ruiz de la Peña: “Sin un fondo óptico duro y compacto, el sujeto de relaciones se difumina en mera encrucijada de encuentros o nudo de la trama, en objeto pasivo y no sujeto activo, de las relaciones”<sup>63</sup>.

Tomás de Aquino, teólogo y pensador del siglo XIII que sintetiza la filosofía de su tiempo en su intento de conciliar fe y razón, va a consolidar la línea de la definición boeciana. En razón de ello va a subrayar la noción de subsistencia: aquello que existe en sí y por sí y no en otro. Definiendo a la persona como “lo más perfecto de toda la naturaleza, el ser subsistente en una naturaleza racional”<sup>64</sup>. Coloca “subsistens in rationale natura” en vez de “individua substantia”. Como podemos apreciar, sigue primando el aspecto sustancial sobre el relacional, ratificando aquel concepto de sustancia que le era propio en los inicios del concepto de persona.

En el Renacimiento y la época moderna, con el advenimiento de la ciencia experimental de la mano de las matemáticas, la física y la astronomía, se produce un cambio de paradigma en su relación con las cosas que rodean al hombre; se enaltece la razón como facultad capaz de transformar la naturaleza dada, ahora la centralidad está puesta en el sujeto pensante que es el hombre, pero también un sujeto capaz de transformar la realidad, producto del conocimiento que le vienen de la mano de las ciencias experimentales.

---

<sup>62</sup> Díaz, Carlos: *¿Qué es el personalismo comunitario?* Ed. Mounier, Madrid 2002, p. 59.

<sup>63</sup> Ruiz de la Peña, Juan L.: *Imagen de Dios-Antropología teológica fundamental*; op. cit., p. 161.

<sup>64</sup> Santo Tomás de Aquino: *Suma de Teología*. Edición dirigida por los regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas en España, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994, q. 29 a.3.

Desde la revolución filosófica que implicó el cartesianismo, la modernidad buscó ofrecer una reivindicación del hombre como sujeto, es decir, como individuo, como sujeto creador y autónomo, ya que ha dejado de ser un contemplador de la creación de Dios para ser actor de un nuevo modo de relacionarse con esa creación. Pretendía rescatar del dominio de la teología la reflexión sobre el ser humano, de modo específico la idea de superioridad en el ámbito de lo creado por ser concebido como animal racional.

Los artífices del renacimiento piensan al hombre no solamente desde la dimensión religiosa, acento propiamente medieval, sino que ponen un particular interés en la mundanidad o terrenalidad del ser humano. Hay un interés marcado por demostrar que el hombre tiene una relevancia mayor respecto a las demás criaturas debido a su racionalidad.

Así Descartes ve al ser humano casi exclusivamente como un sujeto que se relaciona consigo mismo. El yo es autoconciencia pensante que se piensa a sí misma, lo que podríamos traducir, antropológicamente hablando, como un ensimismamiento. Otro elemento importante en el pensamiento del filósofo es la carencia de corporalidad, pues, el hombre, sólo es un sujeto que piensa en su propio pensamiento, distinto incluso de su propio cuerpo, y por tanto, el mundo que lo circunda le resulta extraño. Podemos concluir con Ruiz de la Peña: “de este yo des-relacionado equivale a una sutil despersonalización; la persona deja de ser una magnitud ontológica para reducirse a dato psicológico”<sup>65</sup>.

En el pensamiento contemporáneo del siglo XX aparece un nuevo cambio de perspectiva respecto a la persona humana. Queremos destacar especialmente las perspectivas extremas, que van desde el actualismo de Max Scheler (Vid. Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*) hasta el existencialismo ateo de Jean-Paul Sartre, donde la interpretación del ser personal se ha deslizado hacia una concepción relacional desustancializada de la persona, con el peligro de disolverla en puros actos puntuales de respuesta. Ejemplo claro de esta concepción de la persona desustancializada, es la corriente existencialista, especialmente de tinte sartreano, que parece comprender a la persona desde la lógica de las decisiones existenciales, como aquel sujeto que se va definiendo a sí mismo en la medida que actúa y se determina en sus actos. De este modo, la pura existencia precede a la esencia del hombre, quitándole la fuerza y la perfección indivisa de su substancialidad.

Pero también podemos descubrir otros caminos por donde pasa el pensamiento de nuestro tiempo, donde la centralidad la tiene la persona en su aspecto dialogal y relacional. Hablamos del personalismo, que se introduce como respuesta necesaria para nuestro presente. Dice Juan

---

<sup>65</sup> Ruiz de la Peña, Juan L: *Imagen de Dios-Antropología teológica fundamental*; op. cit., p. 161.

Manuel Burgos: “Tomar a la persona, a la experiencia de ser persona y de encontrarse con otras personas como punto de partida del pensamiento filosófico era un camino nuevo que todavía no se había recorrido”<sup>66</sup>. En esta misma línea de respuesta a nuestro presente, como exponente indiscutible, nos encontramos con nuestro autor, Karol Wojtyla, quien hizo de la persona el centro de su pensar filosófico y teológico.

---

<sup>66</sup> Burgos, Juan Manuel: *El Personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva*. Ediciones Palabra, Madrid 2000, p. 24-25

**CAPÍTULO 3: EL HOMBRE PERSONA SEGÚN KAROL WOJTYLA**

### ***1. Primera manifestación de la persona: la acción***

El dinamismo propio del hombre está constituido por los actos humanos, es decir el hombre actúa o realiza una acción; así también constituyen parte de este dinamismo aquello que en él ocurre, que es consciente que algo le sucede pero no tiene deliberación sobre ese acontecer. En este último se distingue “algo ocurre en el hombre” y “algo le ocurre al hombre”, haciendo referencia a una manifestación externa o interna respectivamente.

Lo que distingue la acción de la persona del otro acto por el cual al hombre le suceden cosas, es el momento de la eficacia, es decir, tener experiencia de ser el que actúa. El hombre debe reconocer la acción como propia y responsabilizarse por lo realizado, y esto como consecuencia de su naturaleza moral. Es decir, puede darse cuenta de estar o haber hecho algo bueno o malo, así la subjetividad de la persona se manifiesta dentro de la reflexión que acontece en la conciencia.

Es en la acción donde se vivencian los valores morales de la persona, pues tanto la acción como los valores pertenecen objetivamente al sujeto real, en tanto que es el autor de dicha acción.

Esta operatividad que le pertenece al sujeto, es decir, aquello que le sucede y la acción que realiza, podemos decir, que es el dato objetivo desde donde Wojtyla nos invita a adentrarnos en la antropología, en el descubrimiento del ser personal.

Para seguir profundizando en lo que entiende por acción del hombre, tendremos que ser fieles a la tradición, ya que en el mismo pensamiento de Wojtyla esta categoría está supuesta, ya que su formación intelectual hunde su raíz en el pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás, pero sostiene, desde una posición crítica, que estos pensadores hacen una interpretación de la acción o más precisamente del acto humano desde una concepción realista y objetivista. Sabemos que la filosofía aristotélica-tomista afirma que el acto humano es aquella actividad consciente del hombre, pero que se muestra deficitaria para referirnos al estudio de la persona, si decimos que para conocer lo que es, debemos tener como punto de partida la acción. Para aclarar, dice Wojtyla: “El sustantivo ‘acción’ se relaciona con el verbo ‘actuar’, ‘hacer’. Acción equivale a actividad propia del hombre como persona. Mientras que la expresión ‘actus humanus’ se refiere a esta actividad como cierto tipo de ‘devenir’ fundado

sobre una potencialidad del sujeto personal; en cambio los términos ‘acción’ o ‘actividad’ no expresan nada de esto”<sup>67</sup>.

Si hablamos de acto humano, en la tradición filosófica antes referida, dicho acto está unido al concepto de potencia, que se refiere al dinamismo propio del hombre, en cuanto sujeto capaz de actividad; es decir, el hombre es un sujeto dotado de una facultad, capacidad, potencialidad, que le es propia, que se desprenden de su esencia, y por medio de los cuales puede ser definido. Estos propios que lo definen al hombre en cuanto tal, son: su voluntariedad, o capacidad de discernir y decidir, como así también su constitución racional o capacidad de conocer. A esto le llamamos una mirada objetiva. Vale decir, objetivamente hablando al hombre lo podemos definir, decir qué es, pudiendo aplicar dicha definición a toda realidad que se precie de tales propiedades. Por medio de este modo de conceptualizar al acto humano, podemos definir al hombre en su esencialidad, pero nos alejamos del hombre concreto, de carne y hueso, que podemos ser cada uno de nosotros, al que Wojtyla pretende acercarse.

Pero nuestro autor prefiere profundizarlo, sosteniendo que el acto humano se refiere más bien a la potencialidad de la persona, escogiendo, en cambio, la categoría de la acción para referirse al actuar consciente, con lo cual quiere decirnos que la actividad da cuenta del dinamismo de un hombre en cuanto persona.

Este dinamismo que encontramos en el hombre, entendiendo por tal a la potencialidad que brota desde el interior y asume una forma de actuar, es un dinamismo integral que refleja la totalidad del sujeto.

Para Wojtyla en la persona nos encontramos con diversos dinamismos, que caracteriza así: el “dinamismo somato-vegetativo”, que hace referencia al organismo concreto del cual el hombre no tiene conciencia refleja, aunque puede sentir que late su corazón o que está respirando; también nos encontramos con el “dinamismo emotivo”, que se diferencia del anterior por su relación a la conciencia, ya que en éste hay una vivencia refleja de lo que a la persona le sucede, es decir, el sujeto ya cuenta con una cierta vivencia definida. Ambos dinamismos se encuentran unidos al cuerpo humano. Nos dice en Amor y responsabilidad: “Nuestra reflexión y nuestros actos voluntarios, es decir, lo que determina la estructura objetiva de la acción humana, van acompañados por diversos elementos o estados

---

<sup>67</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 64.

emocionales, afectivos. Preceden éstos a la acción, la acompañan o bien se manifiestan a la conciencia del hombre cuando la acción ya ha terminado”<sup>68</sup>.

Esta dinamización pertenece al mismo sujeto, él es el sujeto desde donde procede esta dinamización, por medio de la cual la persona se forma o se transforma.

Otra dinamización, que supone las anteriores y se manifiesta en éstas es la acción, y nos referimos a la actividad consciente de la persona, aquella que el hombre realiza por medio de su voluntariedad. Hablábamos que en la filosofía clásica, especialmente de tinte tomista, la expresión actos humanos se refieren a la actualización de las potencialidades del sujeto personal; pero Wojtyla prefiere ahondar y hablar del dinamismo propio del hombre como persona. De esa actividad donde el hombre tiene vivencia de ser él quien actúa como agente de la dinamización del propio yo.

Así la conciencia, en la realización de una acción, adquiere en Wojtyla un rol central, ya que ella es la sede desde donde se origina, transcurre y deja huella la acción misma. Más adelante hablaremos precisamente del rol de la conciencia en la dinámica del ser personal.

La acción manifiesta la subjetividad del sujeto personal, el yo humano concreto que actúa, que es observable, y mediante el cual podemos comprobar que la acción es la exteriorización de la persona, incluso cuando la acción fuese absolutamente interior al sujeto. Tema que desarrollaremos cuando hablemos de la participación, ya que el hombre existe y actúa junto a otros siendo su fundamento la intersubjetividad que posibilita la comprensión integral de la acción.

## ***2. La conciencia***

Decíamos más arriba que el acto humano refiere a la acción como dinamismo que se funda en la potencialidad del sujeto personal; la particularidad en la comprensión de Wojtyla respecto a la acción, manifiesta que la realidad dinámica de la persona es entendida como acto de la persona, por tal motivo, la acción consciente es el vehículo que permite el acceso cognoscitivo de la estructura óptica de la persona.

El hombre no sólo actúa conscientemente sino que posee conciencia de su acción, vive interiormente la acción. Es por medio de la conciencia que nos damos cuenta que vamos a

---

<sup>68</sup> Wojtyla, Karol: *Amor y Responsabilidad*. Trad. Del francés: Juan Antonio Segarra sj., Editorial Razón y Fe, Madrid 1969, p. 26.



realizar una determinada acción, estamos realizando una acción o hemos realizado una acción, en cuanto que la conciencia da origen a la acción del hombre.

La conciencia es reflejo, más aún, es la capacidad reflexiva de la acción de la persona, vale decir, reflexiona sobre aquello con que el hombre entra en contacto por medio de su actividad, incluso reflexiona sobre lo que a la misma persona le sucede, entendido este suceder como aquello de lo que la persona no tiene injerencia inmediata, es decir, sabe que acontece, pero no es responsable.

Así podemos inferir que la conciencia forma parte de la esencia de la persona. Se es consciente porque se es racional y poseemos autoconciencia porque somos libres al actualizar nuestra voluntad. En cuanto tal la conciencia refleja coherentemente el ser y el obrar del yo; sin embargo es también verdad que al mismo tiempo la experiencia del hombre manifiesta claramente que la conciencia es siempre subjetivada en este yo, es decir, que su raíz es siempre el *suppositum humanum*. La conciencia no es el sujeto autónomo, pero tiene, en cambio, una importancia básica para la comprensión de la subjetividad personal del hombre. La función de la conciencia no es exclusivamente cognoscitiva en el sentido de lo que son los actos de conocimiento e incluso de autoconocimiento humano. La conciencia, si bien refleja lo que es objetivado cognoscitivamente por el hombre, al mismo tiempo y sobre todo, da a todo la dimensión subjetiva que es propia del hombre precisamente porque él es sujeto. La conciencia interioriza todo lo que el hombre conoce y lo hace contenido de la experiencia del sujeto. Son estas, dos dimensiones completamente distintas: ser sujeto y experimentarse a sí mismo como sujeto; sólo en esta segunda dimensión tocamos la verdadera realidad del yo humano<sup>69</sup>.

Podemos distinguir, siguiendo a nuestro autor, entre actividad consciente y el ser consciente de la actividad; dando cuentas de que la diferencia redonda en lo siguiente: cuando concebimos que es una actividad consciente, estamos tomando el término consciente como adjetivo, es decir, cuando la realización de la misma se hace con conocimiento y somos conscientes de dicha acción, por ejemplo: “me estoy preparando para rendir Inglés”; por otro lado si tomamos a la conciencia como sustantivo, podremos saber que quien realiza la acción somos nosotros mismos. Hace de cada persona, un yo personal.

La conciencia como sujeto, tomada como sustantivo, puede separarse de la persona-acción, ya que en sí misma encierra un aspecto importante para la misma persona, pues la conciencia no sólo refleja sino que constituye a la persona en su especificidad.

---

<sup>69</sup> Cfr. Wojtyła, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., pp. 54-56.

Dice más adelante en *Persona y acción* que la conciencia no legisla ni crea la norma, sino que la descubre; pero desempeña un papel creativo en lo que se refiere a la veracidad de las normas, lo cual consiste en el hecho de que configura normas, dándole esa forma única y sin paralelo que adquiere dentro de la experiencia y realización de la persona. No es una entidad autónoma, ¿sabemos dónde nos llevaría una autonomía de la conciencia!

Aquí nos encontramos con el realismo tomista, en la aseveración de la heteronomía de la realidad, es decir, la heteronomía óptica, de un sujeto que conoce frente a la realidad conocida. Pero dándole una impronta wojtyliana, sostiene la importancia de la autonomía del sujeto que descubre y es creativo frente a la norma que la realidad establece.

Para una mayor profundización, decimos que para nuestro autor la conciencia conforma lo específico, la originalidad de cada persona, pues aquí la acción es creada, reflejada y juzgada de modo único por cada persona que actúa. Podemos decir que la originalidad de cada uno hunde su raíz en la conciencia.

Cuando el hombre es capaz de volver sobre sí mismo, es decir, de caer en la cuenta de lo captado en el mundo exterior, podemos hablar de autoconciencia. Entendiendo la autoconciencia con palabras de Wojtyla: “Mediante el conocimiento que el hombre no solo penetra en un mundo de objetos del que él mismo forma parte como objeto, sino que también posee ese mundo mediante la reflexión de la conciencia, que él vive de manera especialmente interior y personal. Así que la conciencia no solo refleja, sino que también introduce dentro, es decir, interioriza lo que refleja, proporcionándole un lugar en el propio “yo” de la persona”<sup>70</sup>.

El conocimiento del mundo exterior, su significado y las relaciones que se establecen son poseídos por el hombre de modo diverso, vale decir, en distinta graduación, con lo que acorde a estos grados de conocimiento se establecen diversos niveles de conciencia.

A partir de lo escrito sobre la conciencia podemos deducir la importancia de la formación, la información y la educación, qué y cómo conocemos, ya que de ello depende el juicio de la conciencia.

### ***3. Cuerpo, corporeidad y sentimientos***

Sin embargo, nos resulta interesante decir que el hombre, aquel que puede captar el mundo exterior y hacerlo consiente, hacerlo suyo por el conocimiento, no es consciente de lo que

---

<sup>70</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 74.

ocurre en su organismo, en su dinamismo somato-vegetativo, pero innegablemente este dinamismo condiciona las distintas funciones psíquicas, vale decir, una persona con hambre o con necesidades básicas insatisfechas le será más difícil disponer su espíritu para conocer más allá de lo biológicamente interesado o discernir libremente sin tener en cuenta sus necesidades básicas; que a otro que esté con estas necesidades satisfechas. Así también la conciencia puede estar viciada por los hábitos adquiridos o pasiones no controladas y juzgar acciones malas como buenas o viceversa.

Hemos hablado de la conciencia, facultad que le permite al hombre tener una vivencia de su propio yo, que refleja el yo y sus acciones. Pero tenemos que completar la funcionalidad de la conciencia, ya que el hombre es consciente de su propio cuerpo, tiene vivencia de su propia corporalidad, su sensibilidad y de su afectividad.

Wojtyla distingue entre “tener vivencia de su propio cuerpo” a “tener vivencia de la propia corporalidad”<sup>71</sup>, distinción que se da por el grado de abstracción intelectual, vale decir, por el proceso de conocimiento del propio cuerpo: autoconocimiento.

El autoconocimiento del propio cuerpo es dado por las sensaciones corporales que el hombre experimenta en sí mismo.

Los sentimientos, en cuanto “hecho psíquico subjetivo”<sup>72</sup>, y las sensaciones corporales, en tanto los “diferentes estados y movimientos del cuerpo”<sup>73</sup>, conforman un elemento importante en la comprensión que se tiene del propio cuerpo. Afirma Wojtyla “...el hombre, que no es sólo un ser que piensa, sino también que siente”<sup>74</sup>, amplificando la comprensión del hombre que lo definía como animal racional.

Los sentimientos son conmociones, dice nuestro autor, son como los colores de una paleta, ya que son muy ricos y diferenciados. Cada sentimiento se presenta en el hombre de manera directa y sencillamente emotiva.

Las emociones acontecen en el sujeto, vale decir, el hombre es consciente de que algo sucede en él, pero no es su causa eficiente; lo cual significa que el hombre puede conocer que algo sucede en él y tiene la posibilidad de tener el señorío sobre esas emociones, contribuyendo de tal manera a construir el equilibrio interior, equilibrio que se logra con la intervención de la voluntad. De modo que se admite en este dinamismo emotivo una cierta

---

<sup>71</sup> Cfr. *Ibíd.* p. 98.

<sup>72</sup> Wojtyla, Karol: *Amor y Responsabilidad*; op. cit., p. 168.

<sup>73</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 311.

<sup>74</sup> *Ibíd.* p. 99.

operatividad de la psique. Sin embargo, este dinamismo emotivo es autónomo y espontáneo, de manera que puede suceder que el hombre perciba que en él sucede algo pero como si no fuera señor de sí mismo. De esta manera junto con las emociones, los sentimientos o la pasión se abre ante el hombre una especial tarea que consiste en la autoposesión y el autodomínio.

Vale decir, nos referimos a esa capacidad que el hombre tiene de saber de sí mismo, qué es lo que en él sucede, que Wojtyła llama autoconocimiento; y de lo que en él sucede, sobre qué cosas no puede tener dominio y de qué cosas puede apropiarse y dominar, a lo que llama autoposesión, para así alcanzar el autodomínio. Con estos dinamismos nos adentraremos en la autodeterminación y la autorrealización, de que hablaremos más adelante.

De los sentimientos o emociones que atraviesan al hombre Wojtyła nombra: A) el gozar, experiencia que se da frente a una acción placentera o a un objeto que nos resulta placentero; placer que siempre es subjetivo. B) El instinto, en cuanto manera espontánea de actuar, que se realiza sin reflexión. C) El impulso que es aquella inclinación del hombre que está ligada a su naturaleza. Aquí podemos nombrar la tendencia sexual, entendida ésta como la atracción que se tiene por una persona.

Estos dinamismos que hemos ido nombrando constituyen ese aparato psíquico de la persona, cercano a la corporalidad, donde las emociones y los sentimientos se presentan como la puerta de entrada a la comprensión del sujeto personal.

#### ***4. Autodeterminación***

Otra de las características esenciales de la estructura de la persona, es la autodeterminación. Dice Wojtyła en *Persona y Acción*: “La unidad existencial y esencial de la persona y la acción es a través de la realización que se produce como consecuencia de la ejecución de la acción. (...) cada acción es intencional, está dirigida hacia objetos determinados o conjunto de objetos y apunta hacia fuera y más allá de sí misma. Como consecuencia de la autodeterminación, la acción alcanza y penetra en el sujeto, en el ego, que es su objeto primario y principal”<sup>75</sup>. Es decir, la centralidad de la acción no está primariamente en la obra realizada, sino en quien realiza la acción, la persona humana, este yo concreto que está escribiendo, estudiando, construyendo una casa. En la acción el hombre elige, decide, “se” elige, la persona objetiva su libertad, y esta objetivación aparece con más claridad “debido a una acción que es moralmente buena o moralmente mala, el hombre

---

<sup>75</sup> Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 173.

mismo, en cuanto persona, se convierte en moralmente bueno o moralmente malo”<sup>76</sup>. El hombre se realiza a sí mismo en la acción, realizarse significa actualizar, es decir, llevar a la plenitud la estructura del hombre que le es característica por su personalidad y también por el hecho de ser alguien, estructura de autogobierno y autoposesión. No está demás decir que el hombre sólo se realiza a través del bien, del bien moral.

No se habla de cualquier bien, sino sólo de aquel que lleve a la persona, a cada persona, a alcanzar su propia perfección, conociendo la verdad sobre sí misma y conociendo la verdad de las cosas, apelando a la creatividad para apropiarse de la realidad de este mundo.

Profundizando en la comprensión de la persona, entiende la autodeterminación como la operatividad que le es propia a cada persona afirmando al respecto: “la persona, estructura específica dotada de conciencia, vive de un modo que es específico suyo, concretamente vive, o sea, existe, no solo en su propia reflexión o reflejo, sino que vive también en esa específica auto-vivencia, que condiciona a la conciencia en su función reflexiva. Gracias a ella el hombre-persona tiene la vivencia de sí mismo como sujeto, como “yo” subjetivo. La vivencia de la propia subjetividad metafísica del suppositum humano. En este sentido la conciencia condiciona la “subjetivación”<sup>77</sup>.

Existe un supuesto humano, común a todos, esta es la lógica aristotélico-tomista, pero que se realiza existencialmente en cada persona humana, que la hace única, original, irreplicable. Son las vivencias las que van a condicionar la función reflexiva de la conciencia, que hacen del sujeto un yo particular.

La tensión que se produce entre la autodeterminación y la emotividad es la relación que se establece entre la voluntad y los sentimientos, lo cual pone de manifiesto, no al supuesto humano, sino la propia subjetividad que incluye los dinamismos propios de lo que le sucede a la persona y también las actividades por ella realizadas. Además, a esta tensión se une la trascendencia de la persona en la acción.

---

<sup>76</sup> Cfr. Wojtyła, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op. cit., p. 179.

<sup>77</sup> Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 177.

### 5 Autorrealización

Sostiene nuestro autor que el mejor modo en que se expresa la unidad existencial y esencial de la persona y la acción es a través de la realización que se produce como consecuencia de la ejecución de una acción<sup>78</sup>.

Al realizar una acción, la persona se manifiesta como sujeto y autor de la misma, mientras que la acción es el resultado de dicha actuación, resultado exterior e interior. Los dos están unidos a la voluntad, que es a la vez autodeterminación e intencionalidad. Toda acción se objetiva en la persona misma también, no sólo externamente; vale decir “somos testigos de esta objetivación en la moral, donde la acción moralmente buena el hombre como persona se hace moralmente bueno y mediante la acción moralmente mala se hace moralmente malo”<sup>79</sup>.

Así la acción no sólo es el objeto resultante de una actuación del sujeto agente, sino que por medio de dicha acción la persona se realiza a sí misma. Se completa “lleva a su propia plenitud la estructura que le corresponde por ser persona, porque es alguien y no algo”<sup>80</sup>.

Inés Riego define la autorrealización con las siguientes palabras: “Como vemos, la realización de sí mismo o autorrealización así planteada es la meta que la persona mediante su acción -vida personal- consume cuando, a través de la *autodeterminación* -libertad- se transforma a sí mismo logrando su *autodominio* - señorío de sí y autocontrol- y su *autoposesión* -empoderamiento, autonomía, ser el dueño exclusivo de sí mismo”<sup>81</sup>.

Si toda acción es producto de la elección libre del hombre y consumada en la autodeterminación, toda acción necesariamente tiene una implicancia moral, por ello las acciones quedan íntimamente unidas a la persona misma. De esta manera, la realización de la persona está vinculada con el autodominio y la autoposesión gracias a la autodeterminación.

Cuando la persona realiza una acción se realiza a sí misma, y al tener toda acción una valoración moral, es cómo alguien -persona- puede llegar a ser buena o mala, es decir, puede o no realizarse.

---

<sup>78</sup> *Íbid.*, pp. 177-179.

<sup>79</sup> *Íbid.*, p. 226.

<sup>80</sup> *Ibid.*, pp. 226-227.

<sup>81</sup> Riego, Inés: “Autorrealización personal y conversión íntima”. Texto de la conferencia impartida en el “V Congreso Iberoamericano de Personalismo. La autorrealización personal: Personalismo, formación y valores”, AIP (Asociación Iberoamericana de Personalismo) y UCSF (Universidad Católica de Santa Fe, Argentina), agosto 2019.

De modo tal que nos habilita a expresar, con nuestro autor, que sólo las acciones buenas son las que permiten a la persona la autorrealización, es decir, apelando a la negativa, en una acción mala hay una no-realización. La persona se realiza “mediante la bondad moral de la acción”<sup>82</sup>, vale decir, continuando lo expresado en *Persona y Acción*: “El hombre persona se realiza en sentido ontológico y a la vez axiológicamente, es decir, en sentido ético”<sup>83</sup>.

Esta posibilidad que se le presenta al hombre de obrar bien o mal, vale decir realizarse o no, pone de manifiesto la particular contingencia de la persona, mostrando fenomenológicamente que la persona es libre, pues puede elegir aquello que no la realiza. Entendiendo que la libertad no es una independencia pura, sino que ésta está unida a la verdad, de lo contrario la persona se rechaza como tal al no realizarse.

La verdad es la norma que implica un deber en tanto se refiere a los valores, y es la conciencia moral el impulso interior o mandato ligado al dinamismo de la autorrealización. Cuando hablamos de verdad lo hacemos en referencia a la verdad del bien, que es objetivo, pero no entendida ésta como algo abstracto, sino en cuanto “vivencia de la verdad, expresada en el convencimiento, o en la certeza subjetiva, de que esta o aquella norma indica un verdadero bien”<sup>84</sup>; frente a la cual la conciencia moral es creativa, pero no de la norma, sino de la forma de la norma en que es vivenciada por cada persona en su autorrealización, con lo que implica la originalidad de cada sujeto-persona respecto a la verdad que lo libera en su obrar. Lo libera porque no hay un modo único de responder a un valor moral bueno, esto queda librado al proceso de autodominio y autoposición que posibilita en la persona la autodeterminación habilitando su realización personal.

La persona al realizarse en la acción producto de la autodeterminación como fruto este del autodominio y la autoposición, aparece en el horizonte de la acción, la responsabilidad. La vivencia de la responsabilidad está relacionada con la dinámica de la voluntad, en tanto capacidad de responder frente a algún valor, que se integra en el actuar del hombre. De esta manera el hombre es responsable de su acción y de las consecuencias que ellas implican para sí, en cuanto autorrealización y la responsabilidad “frente a” que es la responsabilidad frente a alguien, que asume una responsabilidad ante Dios, ante los demás y ante la naturaleza.

Así aparece dentro del pensamiento wojtyliano la categoría de felicidad que tiene que ver con esa autorrealización, no en tanto que la persona realice una acción, sino en tanto que por

---

<sup>82</sup> Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 229.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, p. 237.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, p. 243.

medio de la acción la persona se realiza a sí misma, teniendo presente que: “Realizarse es realizar aquel bien mediante el que el hombre como persona se hace bueno y es bueno”<sup>85</sup> aclarando con esto que el objetivo de la felicidad a la que se dirige la persona, sólo es el bien.

### ***6. Voluntad y libertad***

La autodeterminación se inscribe dentro de la dinámica de la voluntad, “como propiedad de la persona radicada en el autodomínio y en la autoposición, revela en su orden dinámico la objetividad de la propia persona, es decir, de cada “yo” concreto, que actúa conscientemente”<sup>86</sup>. En la que también se encierra la capacidad de suspender las voliciones para completar la elección. Wojtyla confirma la interpretación clásica: que cuando decimos acto consciente nos referimos a la actividad voluntaria. Además, en la voluntad se da una trascendencia vertical, conectándose con el autodomínio y la autoposición, propiedades que estructuran específicamente a la persona.

En definitiva, y sin salirse del tomismo, Wojtyla encuadra a la voluntad dentro del dinamismo del hombre como una potencia y la define como la capacidad de querer<sup>87</sup>.

En esta misma línea de la capacidad de elegir se abre a la categoría de la libertad, de manera que con el manifestarse de la libertad se expresa la voluntad como no vinculada a un objeto determinado, sino que es ella en sí misma y su modo el que determina el objeto.

Es por medio del conocimiento que el objeto entra dentro del sujeto, dándole al mismo una existencia mental. Ahora bien, por medio de la voluntad el sujeto sale hacia el objeto, no de modo real sino intencional.

Cuando menciona al acto intencional se refiere al dirigirse de la voluntad hacia el objeto, objeto del que el hombre ha comenzado a tener una vivencia del mismo. En esta intencionalidad, que es la volición, se encauza el momento de la decisión, que es un momento esencial de la misma. Y agrega que en toda volición auténtica la dirección que la persona elige nunca lo hace de modo pasivo, caeríamos en un determinismo si fuese el objeto el que atrae al sujeto hacia sí, imponiendo su realidad y determinándolo desde fuera, sino al contrario, el objeto entra dentro de la propia autodeterminación; es decir, hay una intervención activa del sujeto en el objeto elegido.

---

<sup>85</sup> *Ibíd.*, p. 256.

<sup>86</sup> *Ibíd.* p. 171.

<sup>87</sup> *Ibíd.*, p. 164.



La libertad es un atributo de la voluntad, es esa capacidad de independencia respecto al objeto, en el orden de la intención, capacidad de elegir entre los objetos, sin negar que aparezca en el orden de la elección, el mundo de los valores.

Es aquí donde comienza a hacerse notar el mundo de la motivación, que tiene que ver con la predisposición del hombre, pero en su especificidad, fundamentalmente con el conocimiento de los valores. Los motivos, etimológicamente manifestados por la palabra misma, mueven a la voluntad, y mueven porque provocan que el hombre quiera algo. Vale aclarar que los motivos mueven pero no conmueven, como sí lo hacen las emociones o sentimientos.

Nuestro autor, refiriéndose a la voluntad, sostiene que la libertad es una facultad o atributo de la voluntad desde donde el hombre se hace bueno o malo por medio de las acciones que realiza, es el hacerse de la moralidad.

Hay una frase de Wojtyla que utiliza para explicar la manifestación de la libertad en el hombre: “puedo, pero no tengo que”<sup>88</sup>, expresando así la capacidad de elegir, pero también la posibilidad de ordenar su acción hacia aquello que no desea o no debería desear.

De este modo identifica la libertad con la autodeterminación ya que es el yo consciente, la persona quien orienta sus acciones, vale decir, es quien quiere.

Para nuestro autor la falta de libertad conduce a la “necesidad”, propia del dinamismo instintivo de la naturaleza humana, obrando sin determinarse sino por necesidad natural.

También es notable la relación e implicancia que imprime entre libertad y verdad, ya que sostiene que ésta condiciona a aquella. De modo tal que el conocer la verdad posibilita al hombre elegir, poder conocer y distinguir un bien verdadero de un bien falso, entrar en la lógica de la autodeterminación. También podemos expresarlo de la siguiente manera: sería conocer la responsabilidad que implica cada acto que el hombre elige.

La importancia de la elección libre de la persona por un objeto determinado, es tal que modifica al sujeto mismo.

Y profundizando aún más, sostiene nuestro autor que el único límite a la libertad está dado por el amor, tema del que hablaremos, ya que el amor compromete la libertad de las personas por querer el bien del otro, pero también es el amor el que colma de bien a la persona.

---

<sup>88</sup> *Ibíd.*, p. 163.

## 7. *Trascendencia*

El término “trascendencia” indica etimológicamente franquear algún umbral o alguna frontera (trans-cendere).

Al hablar de trascendencia la entiende de dos maneras, una vertical que se refiere al hecho de que el hombre es libre, tiene capacidad de autodeterminarse, tiene que ver con los que a nosotros nos interesa referenciar, la trascendencia en tanto característica del dinamismo de la persona; y la trascendencia horizontal que tiene que ver con la intencionalidad, es decir el hecho de trascender los límites del sujeto hacia el objeto<sup>89</sup>.

La trascendencia vertical le permite analizar lo esencial de aquella experiencia que tuvo como punto de partida la antropología wojtyliana, que “el hombre actúa”.

En esta experiencia de la acción es donde el hombre se revela como persona, en esa estructura que lo hace único, absolutamente único, de la autoposesión y el autodomínio.

Pero nunca habrá dos modos iguales de trascendencia como nunca habrá dos personas iguales, porque las vivencias que se reflejan en la conciencia, en el yo, son únicas. Aquí aparece lo central del hombre, de la persona, aquello que lo hace personal, la originalidad, no somos copia de nadie o, mejor dicho, no debíamos ser copia, tenemos en nuestra esencia un algo, ya nombrado, que nos invita a la originalidad que nos abre a la comunidad -de la que ya hablaremos.

De este modo, afirma nuestro autor que la persona y la acción constituyen esta realidad dinámica en que la persona se revela, se expresa en la acción y por ella a la persona.

Para terminar de afianzar el carácter personal de la trascendencia, aclara: “Quien realiza una acción es una persona, se muestra como alguien, y a la vez muestra en el actuar, en la acción, más directamente y en particular el motivo por el que se le califica como alguien”<sup>90</sup>. Profundizando en ello, la autodeterminación que se pone en juego en cada acción, manifiesta a la persona que es libre, libertad expresada en la operatividad que implica la responsabilidad.

Esta realización del hombre de la que venimos hablando implica para la persona una responsabilidad, pues hay valores que se ponen en juego en la acción, y nos está indicando una apertura hacia el exterior de la persona. También forma parte de la naturaleza de la responsabilidad el que seamos responsables ante alguien, ante los otros y ante Dios.

El hombre, por naturaleza, es creador y no solamente consumidor. Es creador porque es persona. La creación se realiza en la acción. Cuando la persona actúa del modo que le es

---

<sup>89</sup> *Ibíd.*, p. 185.

<sup>90</sup> *Ibíd.*, p. 264.

propio, crea siempre algo, bien fuera de sí, en el mundo circundante, o en su interior, en sí mismo; o bien a la vez en el interior y en el exterior. La creación es su impronta inconfundible.

La persona no se agota en la acción sino que trasciende a través de ella. “Es esa trascendencia la que lo constituye en tanto persona”<sup>91</sup>. Tanto la libertad como la voluntad esta referidas a la verdad en una específica relación dinámica. Y es esta relación la que determina de manera particular la originalidad de la obligación<sup>92</sup>. Al tratar sobre la verdad no lo hacemos en sentido teórico sino que debe situarse en el camino del obrar de la persona como una llamada específica. De esta manera el deber se le presenta, en cuanto contenido esencial de la verdad sobre el bien, en el umbral de la persona, el umbral de la conciencia. Vislumbrándose la originalidad y la peculiaridad específica da cada persona en su creatividad, “la conciencia moral es creativa en el ámbito de la verdad de las normas; (...) esta creatividad se corresponde con la dimensión de la persona, es totalmente intrínseca y ordenada al obrar, que es la acción de la persona misma, y a la vez el momento de su realización mediante ella misma”<sup>93</sup>. Por tanto podemos concluir que la trascendencia de la persona en la acción es fruto del autodomínio y la autoposición, y además “todo aquello que constituye la trascendencia de la persona en la acción, todo lo que la constituye, es manifestación de la espiritualidad”<sup>94</sup>.

### ***8. Lo moral: valor absoluto de la persona***

Pero lo más significativo para la persona, no termina en la creatividad de su pensamiento, sino que alcanza su culmen en la moralidad. Moralidad que se relaciona con la libertad y con la voluntad. El objeto de la voluntad es el bien pero existen distintos bienes que el hombre puede querer. El problema es que quiera un bien verdadero, no un mal con apariencia de bien. Un acto de voluntad así, con objeto en un bien verdadero, hace bueno al hombre mismo, por ello se puede decir que el valor moral es absoluto. Para ser moralmente bueno es necesario no sólo querer bien, sino quererlo de modo bueno. La moralidad, por consiguiente, presupone el conocimiento, la verdad sobre el bien, pero se realiza a través del querer, a través de una elección, de una decisión. Con ello, no es sólo la voluntad la que se hace buena o mala, sino

---

<sup>91</sup> *Ibíd.*, p. 246.

<sup>92</sup> *Cfr. Ibíd.*, p. 246.

<sup>93</sup> *Ibíd.*, p. 245.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 265.

toda la persona. Ya que, gracias a la voluntad, la persona es dueña de sí misma y de sus decisiones.

Si decimos que el hombre se realiza, estamos sosteniendo que el hombre no está hecho del todo, no es un ser acabado sino un ser potencial, un ser contingente; pudiendo con ello, ciertamente, elegir no realizarse, traicionándose a sí mismo.

Es bueno hacernos una pregunta, ¿cómo es que determinamos lo que es bueno o malo para el hombre según Karol Wojtyła? Es una respuesta traída del realismo, por no apresurarme a decir de la realidad misma, a lo cual responde Wojtyła: “la dependencia de la verdad delimita la frontera de la autonomía apropiada a la persona humana”<sup>95</sup>. Al hablar de autonomía Wojtyła se desprende de la ética que subordina la ética a la metafísica, para unirse al pensamiento que comienza con Kant que plantea dicha autonomía; pero que exige una dependencia mayor a la verdad, dependencia que no supone una heteronomía -pretendida por Kant- sino “pura trascendencia a lo que es distinto de mí pero que, al mismo tiempo, me constituye como sí mismo”<sup>96</sup>.

El hombre, quien posee una naturaleza propia que lo hace ser tal ser y no otro, se realiza o define a través de esta misma naturaleza que hace a cada humano concreto ser una persona. Así afirma: “Cuando decimos que el hombre es un ser racional, ya estamos afirmando que es una persona. El hombre es, por naturaleza, persona. Boecio ha dicho que la persona es un individuo de naturaleza racional. Y es esta naturaleza racional la que constituye el fundamento de la moralidad”<sup>97</sup>.

El hombre, como ser de naturaleza racional, puede conocer el entorno que le rodea, puede dar razones, puede ser capaz de verdad. El bien que le corresponde en tanto naturaleza humana no se da sólo cuando es físicamente bueno, sino cuando es también y, sobre todo, bueno moralmente. Con lo cual queremos decir que el hombre, en cuanto ser existente, actúa y esta acción es la prolongación de su existencia.

Por consiguiente, la moralidad, como específica actualización de la racionalidad y de la libertad, es decir, de una potencialidad óptica específicamente humana, es también el terreno específico de la ejemplaridad, un terreno sobre el cual el orden ejemplar, que se remonta hasta el Modelo más alto, encuentra una particular actualización. Nos expresa Wojtyła: “es

---

<sup>95</sup> Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op. cit., p. 179.

<sup>96</sup> Marín Moreno, José Luis: *La raíz fenomenológica de Karol Wojtyła: Método, conciencia y subjetividad*. Tesis Doctoral.

<sup>97</sup> Wojtyła, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*; op. cit., p. 283.

significativo que la medida metafísica de cada ser esté ligada sobre todo al orden causae exemplaris, esté basada sobre la ejemplaridad. El ente creado es más o menos bueno según la medida en que imita en sí la absoluta perfección de la Primera Causa Ejemplar. El hombre es más o menos bueno según la medida en que llega a imitar en sí la perfección de Dios”<sup>98</sup>.

La racionalidad es atributo de la naturaleza humana, la libertad es atributo de la naturaleza racional. La una y la otra constituyen el manifestarse de la personalidad.

La libertad de la voluntad permanece en un estrecho vínculo natural con la verdad y, por consiguiente, frente a la voluntad se abre la necesidad de elegir el bien verdadero o el bien falso.

La libre voluntad es una facultad de la naturaleza humana, de la naturaleza concreta e individual, una facultad por medio de la cual la persona es un sujeto moral, por lo cual pueden ser juzgadas sus acciones como buenas o malas, ya que “La moralidad presupone el conocimiento, la verdad sobre el bien, pero se realiza a través del querer, a través de una elección, de una decisión. Con todo ello, no es sólo la voluntad la que se hace buena o mala, sino toda la persona. Ya que, gracias a la voluntad, la persona es dueña de sí misma y de sus acciones”<sup>99</sup>. Vale decir, con nuestro autor, que, gracias a la valoración moral de sus acciones que implican elecciones y deliberaciones ella -la persona- se hace buena o mala.

Este llegar a ser, o este formarse o deformarse de la voluntad y de la persona, se realiza a través de todo acto singular del hombre que tenga un determinado valor moral: bueno o malo.

### ***9. Plenitud de la felicidad: amor y participación***

¿Cómo explica Karol Wojtyła esta apertura al otro?

Para referirnos a esta apertura, nuestro autor nos introduce en la idea de participación, no muy definido en su primer escrito importante “Persona y Acción” aunque sí planteado, pero luego retomado en el escrito para el Coloquio Internacional de Friburgo organizado por la “Société Internationale pour l’étude de Husserl et la Phenomenologia-Forschungsgesellschaft für Phänomenologia”, coloquio que tuvo lugar del 24 al 28 de enero de 1975.

En primer lugar, sostiene que el otro está más allá de la experiencia yo-sí mismo, producto de la autoconciencia y autoposesión. Pero la imposibilidad de comunicar esta experiencia no implica una incapacidad de reconocer que el otro es también un cierto yo.

---

<sup>98</sup> *Ibíd.*, p. 255.

<sup>99</sup> *Ibíd.*, p. 314.

Por este reconocimiento del otro yo, diferente a mí es que puede ser para mí un prójimo. El otro puede tener una participación en la humanidad que no es menos real por el hecho de ser primariamente subjetiva, ya que deriva de la conciencia del hecho de que aquél otro ser humano es otro yo, es decir, un tipo particular de yo<sup>100</sup>. Es por el hecho de reconocer al otro como otro yo, un diferente yo, que otro ser humano es prójimo. Dice en *Persona y Acción* que la participación indica la propiedad de un ser humano-persona debido a su trascendencia e integración en la acción, a causa de la cual, existiendo y obrando justamente con otros, el ser humano no cesa de ser él mismo, y de realizarse a sí mismo en sus actos<sup>101</sup>.

“El esquema yo-otro no es exclusivamente ontológico, es concreto y experiencial”<sup>102</sup>. La participación se forma a través de una aproximación consciente que deriva de la experiencia del propio yo, que nunca es general, sino concreta, única e irrepetible. Pero esta idea de participación es potencial en el hombre mientras el otro o el prójimo no se me presenta como otro yo en mi conciencia y experiencia y determine a mí mismo yo. Lo cual implica no solo la autoconciencia, sino la autoposición y la experiencia del propio yo; pero especialmente la autodeterminación, que implica una unidad objetiva de la actividad y del ser, de las cuales yo soy sujeto.

Así, la relación con otras personas tiene un significado especial en la felicidad del hombre. Para referirse a ello, como decíamos más arriba, recurre a la categoría de participación, entendida ésta como una propiedad de la persona, una propiedad interior y homogénea, que hace a la persona cuando existe y actúa junto a otros, es decir cuando existe y actúa como persona. Profundizando: “La participación corresponde a la trascendencia y a la integración de la persona en acción como la propiedad que permite al hombre actuar “junto con otros” y que, por eso mismo, realiza a la vez el auténtico valor personalista: realiza la acción y se realiza en ella”<sup>103</sup>. Por eso las acciones que manifiestan a la persona, habitualmente se realizan en diferentes relaciones interpersonales o relaciones sociales, es decir, acciones junto a/con otros hombres.

El hombre al actuar junto a otros, conserva lo que resulta de la actuación en conjunto y también realiza el valor personalista de la acción, lo que significa que, al realizar la acción, se realiza a sí mismo en ella. Nos dice: “La participación es una característica en virtud de la

---

<sup>100</sup> Cfr. Wojtyła, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op.cit., p. 73.

<sup>101</sup> Cfr. Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op.cit., p. 388.

<sup>102</sup> Wojtyła, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op.cit., p. 117.

<sup>103</sup> Wojtyła, Karol: *Persona y Acción*; op.cit., p. 388.

cual el hombre, existiendo y obrando en común con los otros es capaz de ser él mismo y de perfeccionarse, realizarse a sí mismo. La participación es, en cierto sentido, la antítesis de la alienación”<sup>104</sup> entendiendo este último concepto como la incapacidad de un sujeto para su autorrealización.

Sostiene Wojtyla que esta participación tiene un significado normativo, queriéndonos expresar que posee un deber, no en el sentido ético de la palabra, sino que se trata de una norma de la subjetividad personal, es decir, del interior del sujeto, donde pretende asegurar la autodeterminación, su operatividad, la trascendencia y la integración de la persona en la acción.

La participación indica la personalización fundamental gracias a la relación de un ser humano con otro ser humano, pues al tener experiencia del otro en cuanto persona llega a la mayor profundidad posible, a lo que constituye su sí mismo como realidad única.

Y esta capacidad de participación que posee la persona y que se actualiza en el encuentro con el otro, en tanto un tú distinto de mi yo, aparece para cada uno como un deber. Es el mandamiento nuevo del Evangelio, cuyo contenido es el amor en su nivel elemental, básico, “es una invitación a hacer la experiencia del otro ser humano como otro yo”<sup>105</sup>. Para que de la potencia pasemos a la actualización de dicha participación es necesario un impulso; debe brotar o bien originarse desde el interior, es decir, todo ser humano debe considerar como un deber la participación actual en la humanidad de los otros hombres.

Este deber corresponde que brote desde el interior, aunque es importante la emoción y la espontaneidad, debe actualizarse siempre y fundamentalmente por medio de la voluntad, pues al tener experiencia de otro yo, siempre hay una elección. En primer lugar la elección de este ser humano entre los otros, este ser humano que se me da aquí y ahora o bien me es asignado.

De esta manera es un deber tener que realizar el “valor personalista” implicado en toda acción que la persona realiza junto con otros y, por otro lado, toda acción en común debe hacerse de tal manera que toda persona que se encuentre dentro del entorno pueda realizarse mediante su participación en ella.

Es interesante reconocer que también hay experiencias negativas en que se realiza la participación o interrelación, como son los sentimientos o actitudes de odio, antipatía, celos; éstas muestran que en su base no hay otra cosa sino precisamente la experiencia de otro ser humano como otro yo.

---

<sup>104</sup> Wojtyla, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op.cit., p. 75.

<sup>105</sup> *Ibíd.*, p. 120.

Una de las experiencias negativas que manifiestan más duramente el atributo de participación es la alienación, entendida ésta desde un punto de vista filosófico, cuyo significado corresponde a las palabras alemanas *Entfremdung*, *Veräusserung* y *Entäusserung*, que significan “extrañación”, “distanciamiento” y “exteriorización”, y expresan una extrañeza del sujeto respecto de sí mismo. En nuestro caso, la alienación es un momento de debilitamiento o incluso de anulación de la posibilidad de experimentar a otro ser humano como otro yo, causado por una cierta deformación del esquema “yo-otro”.

Pero el inconveniente primero de esta pérdida del esquema yo-otro se debe a nosotros mismos, pues cada uno de nosotros tiene experiencia de su misma humanidad sólo en la medida en que es capaz de participar en la humanidad de los otros, de experimentarlos como otros-yo. Como se infiere de todo lo dicho, sostiene Wojtyła que el hombre es un ser social, que comparte la misma especie con otros hombres, puesto que las personas llevan dentro de sí la inclinación interior por medio de la cual se relacionan, pero además es el motor que las lleva a crear sociedades y comunidades.

Profundizando sobre la idea de participación, nos dice que existen dos formas en que la participación puede ser anulada; una es el individualismo, donde falta la participación porque el origen de la acción es la misma persona como sujeto y autor del actuar. En el individualismo la persona se aísla, se cierra sobre sí misma buscando sólo su propio bien, aislándose del bien de los demás y del bien común. Los otros sólo son para el individuo, pudiendo ser los demás o un obstáculo en función de los objetivos del individuo o un instrumento para alcanzarlo. La comunidad es entendida y surge para asegurar el bien de cada individuo.

Otra forma en que la participación es anulada es la de los regímenes totalitarios o totalitarismos donde toda acción tiene su origen fuera de la persona y es consecuencia de una organización distinta a la propia comunidad de acción. Vale decir, en los totalitarismos el bien común es impuesto por coacción por parte de una organización que decide cuál es el bien que le corresponde a determinada comunidad, siendo la realización del bien común ajeno a la misma. Es importante mencionar lo que Wojtyła entiende por bien común: “La relación de muchos yo con el bien común parece constituir el corazón mismo de la comunidad social. Gracias a esta relación, los hombres, viviendo su subjetividad personal tienen conciencia de constituir un nosotros determinado y se experimentan a sí mismos en esta nueva dimensión. Esta relación viene trazada por el bien común. En esta relación, el yo y el tú encuentran también su recíproca relación en una nueva dimensión, encuentran el yo-tú a través del bien



común que constituye una unidad nueva entre ellos”<sup>106</sup>, y cómo los totalitarismo anulan la participación de la que habla nuestro autor.

La participación es esa característica que hace que la persona -que existe y obra con otros en común-, sea capaz de ser-ella misma y perfeccionarse en la acción realizándose a sí misma. Así llegamos a la idea de comunidad, idea que nos lleva a reconocer que la comunidad es esencial para la convivencia y el obrar común; y que el hombre se realiza en y a través de la comunidad.

A la comunidad no la entiende como una multiplicidad de sujetos sino como una unidad de tal multiplicidad. Y esta unidad es accidental, vale decir, es en función de la persona humana, que es su valor real. Así toda sociedad necesita de una comunidad y de sus miembros para que ella exista. Dice: “La comunidad no es la sociedad y la sociedad no es la comunidad. En un cierto sentido la sociedad se realiza a través de la comunidad de sus miembros. La comunidad aparece como algo esencial, al menos desde el punto de vista de la subjetividad personal de todos los miembros de una sociedad o grupo social dados”<sup>107</sup>. Así también nos aclara que la sociedad puede afectar negativamente a las personas: “De este modo se ve claramente que las relaciones sociales en una sociedad dada pueden ser fuente de alienación en la medida en que desaparece la comunidad, es decir, la relación, el vínculo y la unidad social experimentados en la conciencia y en la vida de los sujetos individuales”<sup>108</sup>, es decir, una sociedad puede ser alienante cuando desaparece la reciprocidad en las relaciones vinculares.

Al referirse a la comunidad, Wojtyla, utiliza el concepto de “quasi-subjetividad”: “La comunidad: quasi-subjetividad, que constituyen conjuntamente todos los que existen y actúan en común. Es quasi-subjetividad porque el sujeto propio de la existencia y de la actuación siempre es el hombre-persona”<sup>109</sup> para expresar que el sujeto propio de la existencia y de la actuación siempre es el hombre-persona, pero al existir y actuar junto con otros conforma una comunidad.

Pero ello no significa que tenga existencia un nuevo sujeto de acción, que sería la comunidad, sino que aparece en el horizonte de su comprensión un conjunto de nuevas relaciones entre los hombres, siendo ellos los sujetos reales de dicha actuación.

---

<sup>106</sup> *Ibíd.*, p. 91.

<sup>107</sup> *Ibíd.*, p. 77.

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 77.

<sup>109</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*; op.cit., p. 396.

Toda comunidad debe fundarse en el bien común, vale decir, la capacidad del hombre de participación lo lleva a que sus acciones sirvan a la comunidad, sosteniéndola y enriqueciéndola con su aporte. Asimismo, en función de la comunidad, todo hombre tiene la posibilidad y la capacidad para renunciar a alguno de sus bienes en orden a una mirada más amplia, hacia los demás que conforman la comunidad.

Desde donde nos introduce a una nueva categoría comunitaria, que es la “solidaridad”, entendida como la capacidad que posee cada persona de realizar aquello que le corresponde sin invadir lo que a los demás hombres les corresponde realizar por sí mismos. Otra categoría importante que nuestro autor incorpora para hacer referencia a la participación es el concepto de “oposición”, que no significa la negación del bien común, oponerse al mismo o negarse a la participación en la comunidad, sino, muy por el contrario, se refiere a una actitud básicamente solidaria donde cada persona busca su lugar en la comunidad y participa de la misma haciendo conocer su mirada, sus propias ideas sobre el bien común, es decir, citando a *Persona y Acción*: “buscan la participación y la concepción del bien común que les permita participar mejor, con mayor plenitud y eficacia en la comunidad” y coloca un ejemplo esclarecedor en el mismo texto: “así, por ejemplo, los padres que discuten entre sí porque desean educar de una manera mejor a sus hijos”<sup>110</sup>.

De la vida en comunidad rescata como valor fundamental el principio del diálogo, determinante para que la comunidad se decida sobre lo que es verdadero y correcto en función del bien común, entendiendo como verdadero y correcto aquello que permite desarrollar a la persona y enriquecer a la comunidad.

Si venimos observando y comprendiendo que la participación la entiende Wojtyła dentro de la lógica de la trascendencia de la persona en la acción, aquello que lo hace salir de sí para el encuentro con el otros y con los otros, también nos dice que hay modos de negar la participación y el compromiso por el bien común; uno de los cuales es el conformismo, es decir, cuando la persona es indiferente al bien común, llevando a cada persona, única e irrepetible, a la uniformidad, hoy diríamos homogeneizándola o convirtiéndola en ‘rebaño’. Otra actitud negadora es la evasión que es el no hacerse presente en la comunidad, que se entiende como el no atreverse a oponer sus propias ideas de bien común, porque la persona no puede o no desea ser solidaria.

---

<sup>110</sup> *Ibíd.*, pp. 406-407.

Nos dice el aforismo aristotélico que “todo agente obra por un fin”. En la naturaleza cada cosa que existe alcanza su fin contenido en ella misma, no así en el hombre cuya finalidad es elegida libremente.

Así, el donarse, como finalidad intrínsecamente humana, forma parte del orden del obrar de la persona, pero este orden se arraiga en un orden superior, que es el del ser. Dice nuestro autor: “Si el donarse es el atributo del obrar, del comportamiento humano, está sin embargo siempre basado sobre este ser personal que es capaz de don, del don sincero de sí mismo”<sup>111</sup>. Por eso el hombre posee la capacidad de darse, donarse, entregarse, porque es persona.

Sin embargo, tenemos que admitir que el hombre puede elegir, puede optar por aquello que no realiza su ser personal, como lo reconoce Wojtyla: “El placer, la alegría, la satisfacción, son bienes subjetivos que, abandonados a sí mismos, pueden llevar al hombre a realizar la propia felicidad -ficción de ella- fuera del bien objetivo de su persona y de la sociedad”<sup>112</sup>. Será la ética la encargada de poner en conflicto la felicidad tomada de esa manera subjetiva y el deber, donde se esconde el verdadero bien moral. No significa que nuestro autor proponga una moral estoica despreciando las alegrías, las satisfacciones, o los placeres, tampoco se condena, se trata en realidad de elevarse por encima de ellos hasta el bien objetivo.

El hombre tiene por finalidad la felicidad, aunque no siempre le dé un nombre al objeto de sus deseos. Es el fin de la naturaleza humana, el fin de todos los caminos del hombre. La perfección implicada en la felicidad, capta lo más profundo de su esencia. Para ello es necesario madurar, haciéndose hombres siempre mejores.

Es por ello que el autor nos lleva al encuentro con el otro, como camino hacia la propia realización y como un sentido de participación hacia la realización del otro en el amor.

El camino hacia el “deber ser” se realiza a través del amor. “La idea de felicidad se alcanza a través de la realización de la libertad mediante la verdad” y “la relación de la libertad en la verdad –o sea, sobre la base de la relación con la verdad- equivale a la realización de la persona”<sup>113</sup>. Pero lo más importante en la realización del hombre es su relación con los demás hombres, porque es a través de la afirmación de la dignidad del otro en cuanto persona que el hombre se realiza a sí mismo.

---

<sup>111</sup> Wojtyla, Karol: *El don del amor. Escritos sobre la familia*. Trad. Antonio Esquivias y Rafael Mora, Ediciones Palabra, Madrid 2003, p. 232.

<sup>112</sup> Wojtyla, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*; op.cit., p. 76.

<sup>113</sup> Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*; op.cit., pp. 256-257.

Afirma Wojtyla que: “la persona es el ser al que, de modo propio y pleno, se refiere el amor”<sup>114</sup> permitiendo deducir que aquello que la define, aquello que la determina es el amor. Confirmando esto, nos dice: “La persona es un ser para el que la única dimensión adecuada es el amor. Somos justos en lo que afecta a una persona cuando la amamos: esto vale para Dios y vale para el hombre. El amor por una persona excluye que se la pueda tratar como un objeto de disfrute. El amor exige la afirmación de la persona en sí misma”<sup>115</sup>. Nada de lo que el hombre realice puede quedar en la oscuridad de su conciencia, sería el sinsentido de la propia vida si no apareciera el otro frente al cual debo responder con mi entrega generosa.

Con lo cual, estamos aseverando que, tanto la afirmación de la persona por sí misma como el don sincero de sí mismo, “son dos aspectos que, no sólo que no se excluyen mutuamente, sino que se confirman y se integran de modo recíproco”<sup>116</sup>.

De esta manera, el mandamiento del amor tiene para Wojtyla un significado fundamental en la realización de la persona humana en el encuentro con el otro. Así el amor es la antítesis de la utilización de la persona, ya que no entraría en esta lógica del amor la posibilidad de utilizar como medio a otra persona. Toda persona comparte la misma humanidad, éste sería el criterio para determinar al otro como un igual a mí mismo.

Expresa Wojtyla: “la esencia del amor comprende la afirmación del valor de la persona en cuanto tal”<sup>117</sup>, de lo que se infiere que es solo a través del amor que se afirma a la persona en cuanto tal, que la deja ser ella misma. Por esta poderosa razón nos sigue confirmando que el amor compromete la libertad de la persona, porque cuando se ama no se pone en primer lugar los propios deseos, sino que se prioriza al otro, incluso rechazando el propio bienestar. Aquí es imposible no pensar en el amor de una madre por su hijo pequeño.

El amor es el bien supremo para la persona, y esto redundando concretamente en la persona a la que se ama. El hombre puede amarse a sí mismo y al otro con una medida que abarca al hombre en su totalidad, y es difícil que se pueda amar a otro más que la medida a que se refiere a sí mismo. Cada uno puede dar sólo lo que verdaderamente tiene.

Por amor una persona entra en el mundo de la otra persona, se identifica con él. Es el modo en que cada una de las personas puede dar lo que tiene, por tal motivo el amor libera al

---

<sup>114</sup> Wojtyla, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*; op.cit., p. 125.

<sup>115</sup> Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*; op.cit., p. 101.

<sup>116</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>117</sup> Wojtyla, Karol: *Amor y Responsabilidad*; op.cit., p. 69.

hombre del empobrecimiento a que lo puede sumergir el egoísmo, el encerrarse en sus propios cuidados y deseos.

También el amor implica confianza, al procurar la felicidad en la entrega de uno por el otro y viceversa, sobre lo que nos dice: “la conciencia de dar la propia persona, con todo su contenido interior inviolable a otro ser humano, la conciencia de confiarle lo que es la propiedad más celosamente guardada de nuestro yo, no es posible hacerlo sin un cierto temblor de toda la individualidad”<sup>118</sup>. Nuevamente aparece el compromiso de la propia libertad, porque confiamos en deponer nuestro ser en el amor al otro.

Pero el amor no es una realidad que pueda darse de hecho, como si fuese algo natural, no intencional, espontáneo, pues toda persona posee capacidades que tiene que ir actualizando en orden a su perfección, a su felicidad; de esta manera nos hace saber que para ello es necesaria una educación en el amor que posibilite purificar los sentidos y los afectos, que haga posible la subordinación de esos valores del hombre al valor principal y fundamental que es la persona.

### ***10. La persona humana según Wojtyła***

La comprensión integral de la persona en el pensamiento de Wojtyła se fue desarrollando a lo largo de este tercer capítulo, pero aquí pretendo aclarar y sistematizar algunos puntos no vistos con anterioridad.

En primer lugar, nos dice nuestro autor, que es persona el hombre concreto, la sustancia individual, única e irrepetible, pero sosteniendo que es imposible reducir la persona sólo a estos conceptos universales. Hay algo más profundo y determinante que se incluye en su comprensión, pues la persona es alguien, no es algo, no es una cosa.

La persona en cuanto tal es un sujeto que existe y actúa. Si nos remitimos al supuesto metafísico, a su constitución hilemórfica, nos dice que este es el fundamento de ese dinamismo del existir y el actuar.

La característica que hace a la persona ser tal es la conciencia de su acción. Ya que en la estructura personal nos encontramos con los principios de autoposesión y autodomínio desde donde se estructura la autodeterminación. Insistiendo que a partir de aquí, gracias a esta estructura particular que lo caracteriza, es realmente el hombre persona.

---

<sup>118</sup> Wojtyła, Karol: *El don del amor. Escritos sobre la familia*; op.cit., p. 79.

En segundo lugar, la persona es un ser que posee interioridad, por lo cual el conocimiento y el deseo adquieren en él un carácter espiritual. Por eso afirma que “la persona, su naturaleza está determinada por su interioridad”<sup>119</sup>. Asimismo, su interioridad está constituida por todas las vivencias que, por medio de la conciencia, el hombre concreto se vive interiormente a sí mismo como sujeto; vive, por tanto, la propia subjetividad, y esta experiencia vivida le sirve de base para definirse a sí mismo con el auxilio del pronombre yo.

Es esta interioridad la que lo hace ser único, lo constituye como un “pequeño universo que depende de Dios en su existencia”<sup>120</sup>. Así puede afirmar que el hombre por ser persona es creador, creación que se actualiza en cada acción que el hombre realiza.

La persona, como ser concreto y libre, tiene la capacidad de realizar acciones de las que puede reconocer su verdad por medio de la racionalidad. Pero no es la libertad absoluta, tiene un para qué esa libertad, por tanto tiene que hacer un buen uso de la misma, está orientada a la donación, a la entrega generosa por el otro, a la vida en comunión.

Es por el hecho de ser persona, nos dice, que se posee a sí mismo y se gobierna, -siguiendo aquí la línea de Tomás de Aquino como se ha visto-, de lo que resulta su capacidad de entregarse, pudiendo hacerse don para los demás. Por aquí hace pasar -nuestro autor- el sentido existencial de la persona, en tanto en esta elección por el otro parece residir su poder, su creación, en la capacidad de hacer el bien a los demás y en este mismo movimiento, hacerse bien a sí mismo.

El hablar de libertad necesariamente nos lleva al tema de la moralidad, pues la perfección de la persona sólo se alcanza en el bien. Recordemos que el bien es el amor, tema que ya tratamos en el apartado sobre la participación y el amor. De ahí que la persona sea un ser moral, porque es un ser racional, es decir, tiene capacidad de conocer la verdad y por ello de escoger el verdadero bien. De ahí la necesidad de la educación moral de la persona.

Los valores que perfeccionan a la persona, los verdaderos valores que lo llevan a la plenitud, sostiene Wojtyla, son los valores superiores que, desde un punto de vista objetivo, son los valores espirituales, es decir, el valor moral, que es absoluto en la persona. Es lo que determina el bien de la persona. Dice en el texto *La subjetividad y lo irreductible en el hombre*: “En todo caso, la experiencia enseña que lo “moral” está fuertemente radicado en lo humano, y más exactamente es lo que se debe definir como “lo personal”. La moralidad define de manera radical la dimensión personalista del hombre. Lo moral es la expresión

---

<sup>119</sup> Wojtyla, Karol: *Amor y Responsabilidad*; op.cit., p. 83.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, p. 86.

fundamental de la trascendencia propia del yo personal”<sup>121</sup>. Porque “la realización de la autoteleología del hombre no es absoluta, pero tiene en sí algo de absoluta; se realiza sobre la base de lo absoluto del bien”<sup>122</sup>, que es lo que determina aquello que expresábamos sobre el valor moral como absoluto en la persona.

---

<sup>121</sup> Wojtyła, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*; op.cit., p. 35.

<sup>122</sup> *Ibíd.*, p. 146.

## CONCLUSIÓN

Cada uno de los títulos y subtítulos que recorren este trabajo ha tenido la intención de acercarnos a la comprensión que Karol Wojtyła tiene de la persona humana.

1. Hemos tomado como punto de partida la propia experiencia existencial, las propias vivencias de nuestro autor, desde donde se fueron gestando sus originales reflexiones. Los escritos posteriores se transformaron en semillas que más tarde se convertirían en árbol donde sus ramas han sido y son todos aquellos que a partir de él han transformado su vida y su modo de comprender al hombre, al mundo y a Dios.

Su vida estuvo atravesada -en lo personal- por muchos dolores, muchas partidas en la más tierna infancia, primero su madre, con lo que sabemos todos lo que para cada uno de nosotros ello significa, luego su hermano médico y luego su padre.

Pienso en las raíces, en eso desde donde pensamos la vida, como el andamio desde donde nos paramos para ver y pensar la realidad, para usar una categoría wojtyliana, esas vivencias desde la cuales miramos el mundo.

Seguramente la educación que forjó junto a su padre ha sido firme, las lecturas compartidas, la enseñanza de los idiomas, su vida religiosa.

También ha sido importante el contexto histórico, que no es un dato menor, desde donde pensamos y que a su vez influimos, pero que también nos modifica y transforma, pues siempre pensamos desde un substrato histórico y cultural que nos trasciende y nos abarca.

Su vida transcurre en una Polonia atravesada por la guerra, y por los dos totalitarismos, el nazismo y el comunismo ruso, que hasta el momento han sido los regímenes más atroces de la historia moderna. Esta vivencia es la que le hace rechazar el sistema comunista en el mundo, especialmente en América Latina, durante sus años de papado, durante las décadas del 80 y 90 siendo Juan Pablo II.

El teatro de la palabra lo llevó a su pasión por la palabra misma, así estudia filología polaca. Sus encuentros con los jóvenes, ya siendo sacerdote, motiva el escrito *Amor y Responsabilidad*, un texto que nos invita a armonizar con nuestro propio cuerpo, a actualizar la capacidad de integración en función de darnos más plenamente a los demás en el amor.

2. Toda esta influencia que cinceló su biografía es a nuestro entender lo que le permitió hacer una síntesis, podríamos decir, a elaborar una antropología filosófica partiendo del



acontecer humano. De esta manera comienza su comprensión de la persona por la “categoría de la experiencia” que le va a posibilitar alcanzar la subjetividad de la persona, tomando la experiencia como el momento donde se le hace patente y manifiesto a cada persona su yo concreto.

Para poder comprender la persona humana, Wojtyla no ha dejado atrás lo dicho por la antropología filosófica que lo precedió, especialmente de tinte aristotélico-tomista, sino que fue un supuesto que, en nuestro estudio, necesitamos precisar. Lo primero que resaltamos de este supuesto es el concepto de naturaleza humana que lo concibe como la esencia de una determinada cosa, pero con la peculiaridad que la acción es parte de esa naturaleza, que actualiza aquello por lo que el hombre es persona.

De manera tal que la acción, en tanto experiencia de la persona, adquiere una importancia sin precedentes, que permite alcanzar la comprensión de la misma, ya que la acción es parte del dinamismo del hombre. Para que el hombre pueda tener experiencia de sí mismo necesita de la conciencia en su aspecto reflexivo. Especialmente la conciencia moral, pues toda acción es un acto moral.

Ahondando en el objetivo propuesto, continuamos indagando y nos encontramos con la “categoría del autoconocimiento”, mediante el cual se enriquece la percepción del propio sujeto. Así por medio del autoconocimiento la persona tiene conciencia de su propia corporalidad, con todo lo que ello implica: sentimientos, emociones, diversas sensaciones. Con lo cual sabe también que además de las acciones de las que es responsable, hay actos que suceden en él, pero del que no tiene decisión.

Otro concepto valioso para acceder a la definición de persona es la “categoría de la acción”, como punto de partida por medio del cual el hombre tiene conocimiento de sí mismo; así también entra dentro de la lógica del autoconocimiento lo que a él le sucede. Es lo que posibilita a la persona su poder de autodeterminación, vale decir, su capacidad de definirse a sí mismo, pudiendo elegir a partir del autoconocimiento y la autoposición, y es por esta autodeterminación que la persona puede autorrealizarse; autorrealización que sólo es posible en la elección libre de lo que es verdaderamente bueno, en tanto valor moral. Sabiendo que la elección del mal es una manifestación de la libertad pero que no hace propiamente a la libertad, pues ésta es para la realización de la persona. De este modo nos introduce a la novedad de la ‘categoría de autorrealización’, importante y original para nuestro tiempo.

3. Y por último, tenemos que afirmar que la persona no queda encerrada en su propia realización o autorrealización, sino que se realiza con otros, donde Wojtyla incorpora la “categoría de participación”, entendida esta como una propiedad interior y homogénea, que hace a la persona cuando existe y actúa junto a otros, es decir cuando existe y actúa como persona. De este modo incorporamos la “categoría del amor”, que tiene una importancia central en su pensamiento en el orden a la realización de la persona junto a otros, en tanto que el amor es lo contrario a la utilización de la persona, ya que el amor afirma a la persona en cuanto tal.

La definición de persona que esbozábamos al principio en el recorrido histórico que hemos realizado, puede ser sintetizada como un yo que se abre a los demás gracias a su capacidad de relación, generando una comunidad en busca de un bien común.

En la persona humana esta relación se hace plena en el amor, en la entrega generosa de sí mismo a los demás, momento en que la libertad encuentra su límite, porque el amor es procurar el bien del otro.

De esta manera se nos invita a pensar otro modo de ver al hombre, a la persona. Hay en la persona humana un sustrato ontológico que comparte con la especie y la hace digna, aquello que habilita el respeto sin importar su condición, raza, orientación sexual, situación económica, etc. Pero también hay un cúmulo de vivencias producto del contexto, de la historia, de la geografía que habitamos; añadido a lo cual se reconoce una corporalidad y un psiquismo que nos hace únicos, irrepetibles.

Como la persona es en tanto que relación, no podemos pensarla sola, por eso el personalista Wojtyla recurre a la participación, a la comunidad, a la solidaridad, al amor. Aquí aparece lo político, el compromiso por la comunidad, por el bien común, entendido no como el bien de todos, sino como el bien que permite a cada persona alcanzar su plenitud.

Es interesante descubrir esta carga axiológica del pensamiento de Wojtyla para la vida política, que nos invita a revertir el individualismo que ha ganado la cultura de los pueblos, cargado de conformismos consumistas, donde los demás pasan a ser útiles para una causa determinada.

Estos temas, a mi entender, hacen del pensamiento de Wojtyla un aporte interesante a la historia del pensamiento, pero de modo especial a nuestro tiempo. Considero que su propia vida, su propio drama personal es lo que motivó a Wojtyla a preocuparse y ocuparse de la persona humana, de su identidad, de su sentido existencial. Porque a pesar de los dolores, de

las partidas y soledades, la persona humana sigue teniendo un para qué, un sentido que debe descubrir desde su propio ser.

Hay en la propuesta wojtyliana posibilidades de revisión y de revertir lo impuesto, siendo la educación un punto clave en el cambio de paradigma moderno, racionalista. Su filosofía se presenta como una invitación a mirarnos plenamente, como somos invitados a hacerlo en la antropología que acabo de esbozar. Hoy más que nunca, la filosofía es un camino para la revolución, porque habilita la pregunta, porque invita a buscar otros modos, otras respuestas para nuestro tiempo. Wojtyla puede ser la punta del ovillo para descubrir una salida a estos tiempos que necesitan encontrarle un sentido existencial a la vida de los hombres y las mujeres.

## Referencias Bibliográficas

### ***Bibliografía Fundamental:***

#### *Obras del autor:*

Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*. Editado por Vittorio Messori, Trad. De Pedro Antonio Urbina; Ed. Plaza & Janes Editores S.A., Barcelona 1994.

Juan Pablo II: *Don y Misterio*; Conferencia Episcopal Argentina-Oficina del Libro, Buenos Aires 1996.

Juan Pablo II: *Memoria e Identidad*. Trad. Bogdan Piotrowski. Ed. Planeta, Buenos Aires 2005.

Juan Pablo II: *Carta Encíclica Fides et Ratio – Sobre relaciones entre la fe y la razón*. [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-i\\_enc\\_14091998\\_fides-et-ratio.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-i_enc_14091998_fides-et-ratio.html)

Juan Pablo II: *Teología del cuerpo. Tomo I: la redención del cuerpo. Catequesis de 1979 a 1982*. Ed. Agape Libros, Buenos Aires 2014.

Wojtyla, Karol: *El hombre y su destino. Ensayo de antropología*. Int. De Juan Perez-Soba, Trad. De Pilar Ferrer, Ediciones Palabra, Madrid 1998.

Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*. Trad. Jesús Fernández Zulaica, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1982.

Wojtyla, Karol: *Persona y Acción*. Ed. De Juan Manuel Burgos. Prólogo: Juan Manuel Burgos. Trad. Rafael Mora, Ed. Biblioteca Palabra, Madrid 2011.

Wojtyla, Karol: *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. Edición de Juan Manuel Burgos y Alejandro Burgos, Trad. Pilar Ferrer, Ediciones Palabra, Madrid 2005.

Wojtyla, Karol: *Amor y Responsabilidad*. Trad. Del francés: Juan Antonio Segarra sj. Editorial Razón y Fe, Madrid 1969.

Wojtyla, Karol: *Amor y Responsabilidad*. Trad. De Jonio González y Dorota Szmidt, Ed. Palabra, Madrid 2008.

Wojtyla, Karol: *El don del amor. Escritos sobre la familia*. Trad. Antonio Esquivias y Rafael Mora, Ediciones Palabra, Madrid 2003.

Wojtyla, Karol: *Max Sheler y la ética cristiana*. Trad. Gonzalo Haya, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1982.

Wojtyla, Karol: *Hermano de nuestro Dios. Esplendor de paternidad. Dramas*. Trad. Anna Rodon Klemensiewicz, Adaptación literaria de Bartolomé Parera Galmés, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1990.

Wojtyla, Karol: *Poemas*. Versión libre de Sergio Fernández Bravo, Ed. Jus, S.A., México 1990.

Wojtyla, Karol: *El taller del orfebre*. Trad. Anna Rodon Klemensiewicz, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1980.

Wojtyla, Karol: *Lecciones de Lublin I*. Trad. R. Mora Martín, Ediciones Palabra, Madrid 2014.

#### ***Obras sobre el autor:***

Burgos, Juan Manuel (ed.): *La filosofía personalista de Karol Wojtyla*. Ediciones Palabra, Madrid 2007.

Burgos, Juan Manuel: *El Personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva*. Ediciones Palabra, Madrid 2000.

Guerra López, Rodrigo: *Volver a la persona – el método filosófico de Karol Wojtyla*. Ed. Caparrós Editores, México 2012.

Marín Moreno, José Luis: *La raíz fenomenológica de Karol Wojtyla: método, conciencia y subjetividad* –Tesis Doctotal- Universidad de Murcia

Riccardi, Andrea: *Juan Pablo II. La Biografía*. Trad. Walter Rodríguez, Ed. San Pablo, Buenos Aires 2011.

Weigel, George: *Testigo de Esperanza. Bibliografía de Juan Pablo II*. Trad. de Patricia Antón, Jofre Homedes y Elvira Heredia, Ed. Plaza & Janes Editoris, S.A, Barcelona 1999.

Dziwisz, Stanislaw: *Una vida con Karol. Conversación con Gian Franco Svidercoschi*. Trad. Isabel Prieto, Ed. La Esfera de los Libros, Madrid 2007.

Quiles, Ismael: *Filosofía de la persona según Karol Wojtyla. Estudio compartido con la antropología in-sistencial*. Ediciones Depalma, Buenos Aires 1987.

### ***Bibliografía Complementaria:***

Aristóteles: *Física*. Trad. G. Echandía, Ed. Gredos, Barcelona 1982.

Aristóteles: *Tratado del Alma*. Trad. A. Ennis S.I., Ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1944.

Aristóteles: *Política*. Trad. Santa Cruz y Crespo, Ed. Losada, Buenos Aires 2007.

Aristóteles: *Ética Nicomaquéa*. Trad. P. de Azcarate, Ed. Lozada, Buenos Aires 2007.

Artigas, Mariano: *Filosofía de la Naturaleza*. Ed. Eunsa, Pamplona 2003.

Burgos, Juan Manuel; José Luis Cañasy Urbano Ferrer (eds.): *Hacia una definición de la filosofía personalista*. Ediciones Palabra, Madrid 2006.

Burgos, Juan Manuel: *Repensar la naturaleza humana*. Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid 2007.

Burgos, Juan Manuel: *Reconstruir a la persona. Ensayo personalista*. Ed. Biblioteca Palabra, Madrid 2009.

Burgos, Juan Manuel (ed.): *Reconstruir la persona – Ensayo personalista*. Ediciones Palabra, Madrid 2009.

Diaz, Carlos: *¿Qué es el personalismo comunitario?* Ed. Mounier, Madrid 2002.

Ferrater Mora, José: *Diccionario de Filosofía Tomo I y II*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1964.

Riego, Inés: Texto de la conferencia impartida en el “V Congreso Iberoamericano de Personalismo. La autorrealización personal: Personalismo, formación y valores”, AIP (Asociación Iberoamericana de Personalismo) y UCSF (Universidad Católica de Santa Fe, Argentina), agosto 2019.

Ruiz de la Peña, Juan L.: *Imagen de Dios-Anтроpología teológica fundamental*. Ed. Sal Terrae, Madrid 1988.

Denzinger, H - Hünermann, P.: *El magisterio de la iglesia: enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*. Ed. Herder, Barcelona 1988.

Giovanni Reale y Darío Antiseri: *Historia del pensamiento filosófico y científico (Tomo I)*. Ed. Herder, Barcelona 1995.

Giovanni Reale y Darío Antiseri: *Historia del pensamiento filosófico y científico (Tomo II)*. Ed. Herder, Barcelona 1995.

Giovanni Reale y Darío Antiseri: *Historia del pensamiento filosófico y científico (Tomo III)*. Ed. Herder, Barcelona 1995.

### **Artículos:**

Burgos Juan Manuel: *El método de Karol Wojtyła, una vía entre la fenomenología, el personalismo y la metafísica*. Serie “Analecta husserliana” vol. 104 (2009). pp. 107-129.

Burgos, Juan Manuel: *El personalismo frente a la crisis contemporánea de sentido*. Revista Digital Metafísica y Persona. Filosofía, conocimiento y vida. Año 7 –Enero-Junio 2015 – Número 13.

Martínez Porcel, Juan: *Personalismos actuales y persona en Santo Tomás*. Conferencia pronunciada el 7 de marzo de 1994 en la Fundación Balmesiana con ocasión de la festividad de Santo Tomás de Aquino.

Sgreccia, Elio: *Persona humana y personalismo*. Conferencia pronunciada en la Universidad Católica de Santo Toribio de Mogrovejo con ocasión de su nombramiento como Doctor Honoris Causa en octubre de 2008.

Burítica Zuluaga, D.: *El concepto de persona humana en la tradición cristiana y su progresión hasta el personalismo*. Cuestiones teológicas, Vol. 41, No. 96, Julio-Diciembre 2014, pp. 467-493